GUEORGUI GOSPODÍNOV

II

Acerca del robo de historias

y otros relatos

Traducción de María Vútova

ACERCA DEL ROBO DE HISTORIAS Y OTROS RELATOS

GUEORGUI GOSPODINOV

Traducción del búlgaro de María Vútova

IMPEDIMENTA

Título original: *I drugi istorii*

Edición en ebook: marzo de 2024

Copyright © Gueorgui Gospodínov, 2001
Copyright de la traducción © María Vútova, 2024
Imagen de cubierta: *Dorogiekovriki* © Alexander Lufer, 2019
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2024
Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-19581-49-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PREHISTORIAS

UNAS PALABRAS PARA LA TERCERA EDICIÓN EN BÚLGARO

Qué puedo añadir a estas historias antes de que todo recuerdo en torno a su elaboración haya levantado el vuelo. Por ejemplo, que la mayoría fueron escritas por la tarde. En esas horas perezosas y aventuradas, el punto ciego del día que puede llevarte a cualquier parte…

El libro se publicó por primera vez en 2001, en el comienzo del siglo. Apareció casi a la vez que la segunda edición de Novela natural. Y su título podría leerse (y así se hizo) como uno solo: Novela natural y otras historias.[1]

Los relatos breves Mosca en el urinario, Historia con estación y Última historia sobre los años noventa fueron escritos para la primera página de Literaturen vestnik. La traducción inglesa de L. apareció en Ellery Queen Mystery Magazine, en su antología anual junto a una selección de misterios policiacos. Recibí un cheque de América por primera vez en mi vida y me sentí como Raymond Chandler. Por pura estupidez no seguí con ese género y aquel cheque fue el primero y el último.

Escribí una parte de las historias para revistas literarias, muchas de las cuales no han sobrevivido (no es que las haya matado yo), pero les debo una mención: Vitamin B (La octava noche; Acerca del sabor de los nombres), Sezon, Bulgarski mesechnik, la edición búlgara de Lettre International… En varias historias Gaustín aparece y desaparece a su antojo. Las ediciones alemana y checa del libro adoptaron el título de Gaustín, o el Hombre de los muchos nombres. Una segunda historia fue escrita a propósito de la idea búlgaro-húngara de continuar la trama de Dezsó Kosztolányi sobre el revisor búlgaro. Y El alma navideña de un cerdo aterrizó en el número navideño de un célebre periódico danés. En aquella época, su princesa se estaba casando en primera página, justo al lado de la nota sobre la ascensión del cerdo búlgaro. Me encantaría saber cómo casaron ambos eventos en la mente del lector danés. Y cómo se traduce «tonto del culo».

La que recibió más cartas y suspiros fue Peonías y nomeolvides. Me

contaron que un chico y una chica se juntaron gracias a esta historia. El chico tenía sus dudas, la chica le regaló el librito con ese preciso relato marcado y le dijo que, si no pasaba ahora, al cabo de un tiempo tendrían que inventarse una vida en los aeropuertos. Y se casaron. Uno asume responsabilidades inesperadas, y el escritor carga con la presunción de culpa. Porque tienta al destino como si su ciega locura o estupidez no fuesen suficientes.

En cualquier caso, ¿por qué el Y otras del título original? ¿Cuál es esa historia que falta al principio? ¿Y si no la hay? Creo que todas las historias, ya sean sobre moscas, enamorados o sobre un alma cochina en Navidad, son importantes. Cada historia merece ser narrada y escuchada. En un momento del libro Gaustín dice que, aunque estratégicamente hayamos perdido el juego, las jugadas baldías de nuestras historias siempre pospondrán el final. Aunque sean historias de naufragios…

El título original del libro también puede leerse así: Gueorgui Gospodínov y otras historias, suponiendo que el autor es solo una de estas historias, y ni de lejos la mejor.

Ni una sola palabra de ningún relato ha sido cambiada, pero este ya no es el mismo libro de hace doce años. Primero, porque el lector es diferente. Y segundo, porque nadie puede entrar dos veces en la misma historia, citando de nuevo a Gaustín.

¿Qué más? La mitad de lo que aquí se narra se apoya en cosas que han ocurrido; la otra mitad, en cosas completamente inventadas, lo que viene a ser lo mismo. Esto, al fin y al cabo, solo le incumbe al autor.

¿A qué han venido estas palabras? ¿Y qué era lo que quería decir? Los he retenido (una jugada ingenua) durante un momento en el umbral, mientras yo salía y ustedes entraban. En este retraso, en este encuentro y desencuentro, radica a veces todo el sentido de nuestras historias.

Feliz lectura y gracias por existir. No hay más.

G. G.

Julio de 2013

Debemos contar nuestras historias sin cesar…
PAUL RICŒUR

Nadie puede entrar dos veces en la misma historia.
GAUSTÍN

LA OCTAVA NOCHE

Cierta noche, su bisabuelo salió a pastorear sus ovejas lejos del pueblo, en un prado resguardado al lado del bosque. Se estaba quedando dormido cuando, pasada la medianoche, la hora de las brujas, algo le empujó el hombro por detrás. Al instante se quedó mudo y sordo de horror. No había nadie detrás de él. Alguna oveja debió de moverse y rozarle la espalda. Pasó el resto de sus días sumido en la sordera y el mutismo.

De niño, esa historia siempre le hacía reír. Una oveja.

Más tarde, solía contarla como la cosa más aterradora que había oído nunca. ¿Qué demostraba, en efecto? Que la muerte no lleva una marca en la frente. Una oveja…

Una tarde volvía a casa del trabajo, como de costumbre. Por aquel entonces, ya le atormentaba la idea de que estaba perdiendo el oído poco a poco. A veces le ocurría que no podía oír el reloj, el teléfono o las palabras pronunciadas en voz baja. Los amigos incluso empezaron a bromear con ese miedo suyo. Abrió la puerta, el tufo de tres ceniceros llenos a rebosar de colillas le golpeó desde el interior (la noche anterior había invitado a unos colegas), se tumbó en el sofá y encendió la radio situada junto a su cabeza. La radio se iluminó, pero no emitía ningún sonido. Enseguida encendió el televisor; desde él una mujer leía las últimas noticias del día, pero no se oía nada. No se oía nada. Nada…

Y justo entonces, un instante antes de morir de terror, oyó con toda claridad las palabras ¿Finges que no me oyes, zorra?, procedentes de algún lugar del piso de arriba, donde el vecino borracho pegaba regularmente a su mujer. Fue una revelación. El hombre subió el volumen del televisor y oyó claramente a la presentadora desearle buenas noches. Entonces recordó que el sonido apagado no era más que una broma de sus invitados de la noche anterior.

Sietes meses después, de verdad se quedó completamente sordo. Como de broma.

Señoras y señores:

En el decurso de mis muchas, de mis demasiadas conferencias, he

observado que se prefiere lo personal a lo general, lo concreto a lo abstracto.

Así comenzaba el señor Jorge Luis su séptima conferencia nocturna, refiriéndose a su «modesta ceguera personal». Este hombre demostró ser muy previsor al elegir la ceguera como tema de su séptima noche y, en mi opinión, como tema de todas sus noches previas y posteriores. La ceguera, señoras y señores, como ustedes mismos adivinarán, otorga muchas prerrogativas a quien hace uso de ella. Al contrario que la sordera, dicho sea desde la modestia de mi propia sordera personal y parcial, de la que les hablaré en esta octava y extraordinaria noche de nuestro seminario que felizmente está tocando a su fin.

Y bien, demasiado tarde comprendí que somos nosotros mismos los que, a lo largo de nuestra vida y con una insistencia inexplicable, reclamamos las desgracias que el destino (o el nombre que ustedes quieran dar a esa instancia) nos concede en su infinita generosidad. Recuerdo un juego que inventamos de niños, en el que había que elegir entre dos males. ¿Preferirías perder una pierna o un brazo? Naturalmente, uno prefería conservar la pierna, aunque ahora no podría explicar a qué se debía dicha naturalidad. Otra elección desesperante era escoger entre el ojo y la oreja. ¿Qué preferirías que te ocurriese: quedarte ciego para siempre, o estar sordo de por vida?

Diecinueve años después, al perder por completo la audición en un oído y parcial pero progresivamente en el otro, fui consciente de la cruel soltura con la que antes había elegido la sordera.

Señoras y señores:

Ahora, traten de recordar si no han deseado alguna vez poder consumirse lenta e inexorablemente, afrontar con dignidad y fingida indiferencia lo que está por venir, dejar una irresistible impronta con sus últimas palabras, una lágrima en el ojo universal, derramada esta vez por ustedes. Pues bien, este deseo se cumplirá, señoras y señores. Dios escucha todas nuestras súplicas, aunque rara vez distingue entre el bien y el mal.

En fin, después de haber elegido la sordera en su día, durante muchos años intenté corregir lo incorregible, librarme de ella. El diagnóstico fue neuritis acusticus acompañada de un zumbido constante en los oídos, pérdida progresiva de la audición y posibles trastornos consecuentes en el aparato vestibular. Los médicos a los que consulté a lo largo de todos esos años se dividían en dos categorías: sinceros y prometedores. Los primeros: A estas alturas, ni Dios puede ayudarle. Los segundos: Las terminaciones neurosensoriales son realmente difíciles de regenerar, pero disponemos de un amplio registro de neuromediadores, vasodilatadores y fármacos que ayudan

a la circulación. El cerebro humano es… Naturalmente, elegí a estos últimos a pesar de su dudosa logorrea. Así, sometí a mi cuerpo a largos procedimientos con fármacos que cambiaban constantemente, eran cada vez más agresivos y, por tanto, cada vez más frustrantes a posteriori. Para mí eran más bien una retahila de nombres. Persuadiéndome de que precisamente en los nombres radicaba su fuerza, los incorporé a extrañas prácticas meditativas repitiendo hasta el infinito: nivalin, duzodril, dibazol, tanakan, betaserc, vastarel… Y otra vez: nivalin, duzodril, dibazol… Los pronunciaba en voz alta para que pudieran penetrar directamente en el oído externo, atravesar el oído medio (auris media), deslizarse por la trompa de Eustaquio, pasar ilesos por el martillo, el yunque y el estribo y facilitar sus fonemas sanadores a la intrincada estructura del oído interno (auris interna). Allí, al inicio del laberinto membranoso, yacía, como el Minotauro, un caracol (cochlea), al que también había que sortear, sin matarlo, para acceder por fin al órgano de Corti que albergaba las células muertas del oído. Era allí donde debía producirse la milagrosa resurrección. Pero, al parecer, la energía fonológica de aquellos nombres no era suficiente. Entonces recurrí a denominaciones más exóticas, alternativas a las susodichas, como ginseng con jalea real de las montañas de China septentrional, mumiya de Mongolia, aceite de oliva griego calentado y cristales de incienso, hasta la boñiga de vaca reseca (calentada) tan familiar en mis latitudes geográficas. Me remonté al siglo XVII y, hurgando en un libro de remedios me topé con lo siguiente: Si el oído está gemebundo, maja unas hojitas tiernas de zarzamora, mézclalas con miel y aceite de oliva, calienta y añade unas gotas de manteca de oca… Y otro, aún más categórico: En caso de sordera: sangre de cabra y grasa de pato, las bates y las viertes en la oreja.

Señoras y señores, la enfermedad nos convierte en niños y nos hace correr detrás de cada cometa. Cuando llevaba siete años con un tratamiento condenado al fracaso, tiré la toalla y me entregué a sus brazos. Nadie hasta entonces había deseado mi cuerpo durante tanto tiempo, y ya no podía rechazarla más. Mi oído se recogió en sí mismo, en el interior de su propio cuerpo, y sin que nada ya lo molestara siguió emitiendo sus propios ruidos. Si presionan la concha de un molusco o de un caracol contra su oreja, se harán una idea fugaz. ¿Captaba el oído algo imperceptible para cualquier oído sano, o las extrañas metamorfosis de la enfermedad lo habían transformado de receptor en generador de un nuevo idioma, un nuevo lenguaje, en un oído parlante?

De este modo, el oído, señores, da la espalda a la sociedad como un chulo cualquiera, como un dandy aburrido de la vida, como un romántico atenazado por la pena universal. Se cierra, señoras, como

aquellos tulipanes que recogen su corola al atardecer y cuando hace mal tiempo. Esta abertura corporal se torna un escudo, un escudo blando y rosado, un corsé para nuestra paz interior.

Me di cuenta de algo más: la pérdida del oído devuelve el mundo a fronteras cercanas y visibles, a la pretelecomunicación. El teléfono y la radio se vuelven inútiles; el sordo pierde el sonido invisible. El consuelo está en un mundo nuevo, al alcance de la vista, cuyas fronteras llegan hasta los labios, las expresiones faciales y los gestos. Entonces, señoras y señores, el ojo se convierte en el auténtico oído.

Observando fijamente los labios que articulan con claridad, el ojo capta el sonido en el momento mismo en que nace, en el instante en que sale del útero y toma posesión de un cuerpo fugaz o, más bien, de sus contornos que se desvanecen.

Así, el ojo capta la o bien redondeada, la e ligeramente aplastada, las explosiones bilabiales de la be, la pe, etc. Un ojo-oído, un odo o un ojido.

Una noche, poco después de renunciar a todo tratamiento y cuando aún disponía de cierta audición residual, decidí entregarme a la recopilación de sonidos que debía oír a toda costa antes de quedarme completamente sordo. Una especie de mina de oro, una colección completa de grabaciones que la memoria podría reproducir en las largas horas de sordera. He aquí una pequeña parte de la LISTA DE COSAS QUE HAY QUE OÍR:

Lluvia otoñal sobre huertos de manzanos.

La respiración de una pareja durante su primera noche. El sonido de una sandía demasiado madura reventando. El chorro de un hombre que orina.

El susurro de la seda al escurrirse.

El lánguido zumbido de las moscas en una casa de campo sobre las dos de la tarde.

El estertor del cerdo recién sacrificado ahogándose en su sangre.

El tintineo de una cucharita en una taza de porcelana con té de Ceilán.

El bostezo de mi padre antes de acostarse.

El siseo de una lagartija deslizándose entre las fresas.

El borboteo de una olla en una estufa de leña.

El rascar de un lápiz duro sobre la hoja de papel.

(…)

Y, por último, qué más podría añadir, señoras y señores, salvo que el sonido de los aplausos protocolarios no entra en la lista que acaban de conocer. Mi oído ya se niega a reconocer ese sonido y mi ojo solo ve palmas que se juntan y se separan.

Ya es hora de despedirme y retirarme al Shahriar, el hotel que los

atentos anfitriones de este seminario han tenido la amabilidad de ofrecerme. Al fin y al cabo, todos estamos aquí para intercambiar historias y pagar nuestra estancia.

Una noche, al comprender que perdería definitivamente el oído, decidió hacerse con un gato. Había leído que los gatos tienen una sofisticada estructura auditiva y otros sentidos afinados. Se pasaba el día entero observando al gato erguir las orejas en dirección a unos sonidos que eran ya inalcanzables para él, y así se sentía tranquilo y a salvo de sorpresas. Le gustaba decir que el gato era su perro. Pasó el tiempo y el hombre empezó a imaginarse que aquello no era un gato sino su propio oído perdido. En lugar del gato veía una gran oreja ronroneando, la suya propia.

Una noche, ese hombre desapareció de repente junto con su gato y nadie volvió a verlos nunca. Durante un tiempo, los vagabundos contaban horrorizados que un hombre con cabeza de gato —o, más bien, un enorme gato con cuerpo humano— deambulaba entre los contenedores de basura y en los sótanos. Pero nadie creyó esas historias y pronto todo cayó en el olvido.

EL HOMBRE DE LOS MUCHOS NOMBRES

Solo las jugadas baldías
son ganadoras.

GAUSTÍN

Nadie en la pequeña ciudad sabía de dónde había venido ni cuál era su verdadero nombre. Elegía sus nombres en función de lo que hacía. Habían transcurrido unos veinte años desde el día en que amaneció en la ciudad. Algunos aseguraban que, al principio, cuando era más normal, le habían oído decir que su nombre de nacimiento era Gaustín. Sin embargo, Gaustín no significaba nada para los lugareños, que lo habían rebautizado como Gosho, Gosho el Centro. Y es que siempre podías cruzártelo por el centro. Era de esos locos mansos e inofensivos que había en todas las ciudades por aquel entonces, como si los asignaran por cupos. Se rumoreaba que en su juventud se había vuelto tarumba de tanto leer (todos coincidían en que aquello era una razón válida para volverse tarumba). Sabía griego y latín y se comentaba que había leído todo lo que se había escrito en esas lenguas. Estos eran los rumores que recorrían la pequeña ciudad, y así se explicaban los demás que ellos gozaran de tan buena salud y conservaran sus capacidades intactas.

A Gaustín, o Gosho el Centro, aparte de por la plaza, le gustaba pasearse por el mercado (él lo llamaba la plaza de abastos) y filosofar sobre diversos asuntos. A menudo, a su alrededor podían verse pequeños grupos que se divertían escuchando sus extraños discursos. La gente del pueblo le tenía cariño, le invitaban a tomar algo, y él recompensaba sus invitaciones con un nuevo coloquio. Vivía de ello y no le daba miedo pasar hambre. Hasta hace poco aún se recordaban en la ciudad sus discursos sobre la mosca y el gusano, que eran los dos ángeles celestes de la inmortalidad y del ciclo eterno de la vida. Porque su ingrata labor consistía en devolver toda la carroña a la tierra, descomponer lo orgánico en inorgánico; y, como todo el mundo

sabe, lo inorgánico es lo imperecedero.

También era célebre su coloquio sobre la rosa: no era casualidad que no llegara a la estatura humana, pues si el hombre quería olería, debía agacharse, es decir, inclinarse ante ella. «¿Sabéis —preguntaba— ante quién se inclina una persona cuando se inclina ante una rosa?» Y si alguien se apresuraba a responder «Pues ante quién va a ser, se inclina ante la rosa», él preguntaba de nuevo: «¿Y se inclina solo ante esa rosa o ante todas las rosas del jardín, o acaso ante una rosa ideal que existe en alguna parte?». Y tras dejarte del todo desconcertado, confesaba que él tampoco conocía la respuesta, pero que había que buscarla con ahínco. Y podría resultar que, cuando te agachabas para oler la rosa, te inclinabas ante el jardinero que cultivó la rosa, pero también ante Aquel Jardinero que cultivó tanto la rosa como a su jardinero.

Así hablaba, y de una sencilla flor podía llevarte adonde quisiera. La gente no se molestaba en prestarle mucha atención, tampoco es que entendieran todo lo que decía, pero percibían que no debía de ser ninguna tontería.

Cuando le preguntaban si realmente se llamaba Gaustín, respondía que a veces, los días de mercado, su nombre era Sócrates. Y explicaba de buena fe que, según un tal Crátilo, los nombres eran correctos por naturaleza, si bien ese mismo Crátilo ignoraba que la naturaleza nunca era una sola y que, dependiendo de esas muchas naturalezas, una misma cosa podía adquirir muchos nombres. O algo parecido. Nadie era capaz de recordar y transmitir con exactitud sus palabras.

En ocasiones, Gaustín, Gosho el Centro o Sócrates se sentaba en el bordillo frente al mercado cubierto, sacaba una libreta estrujada y un lápiz tinta mordisqueado, lo humedecía con saliva hasta que la lengua se le volvía azul y garabateaba algo en la libreta. Y si en ese momento alguien le preguntaba «Oye, Sócrates, ¿qué estás escribiendo?», él respondía sin alzar la cabeza: «Mientras escribo ya no soy Sócrates, sino Platón».

Esa era la clase de cosas que solía decir. Con lo cual tampoco es que brindase mucha información a los ciudadanos. Para ellos. Platón era un asunto vago y confuso, y los más instruidos solo lo asociaban al amor platónico, algo que reprobaban firmemente.

Y si alguien le sorprendía pescando en el río, perdida la mirada en las turbias y perezosas aguas del Tundzha, y le preguntaba, por ejemplo, «Oye, Gaustín, Gosho, Sócrates o Platón, ¿pican los peces?, ¿pican?», él respondía con calma:

«Cuando estoy junto al río, mi nombre no puede ser sino Heráclito.»

Y añadía que ningún hombre podía sacar dos peces del mismo río.

Definitivamente, ese tipo cambiaba más a menudo de nombres que de ropa, pues vestía el mismo jersey en invierno y en verano, y siempre andaba descalzo. Al menos allí los inviernos eran suaves. Su barba, todavía negra, crecía a su antojo, y eso que en varias ocasiones los agentes de la Milítsiya[2] se la habían rasurado por infringir las normas de decencia pública, aunque pronto también ellos tiraron la toalla. Por las noches no dormía, sino que seguía con sus interminables paseos por la plaza, bajaba al puente del parque, vagaba junto al río y, si no tenía con quién conversar, les soltaba discursos a las ranas.

En Nochevieja siempre era Diado Mraz[3] (más tarde, por poco tiempo, también Papá Noel). Los del Ayuntamiento lo vestían con un traje rojo confeccionado a partir de un edredón, le calzaban unas botas, le espolvoreaban algo de serrín en la barba, y los niños corrían a sacarse una foto con él. Durante unos días podía lucir su nuevo traje y su nuevo nombre, y la sonrisa no se le borraba de la barba. El narrador de esta historia también está orgulloso de poseer una fotografía similar de su infancia. Y esa fotografía es del último año en que el hombre de los muchos nombres fue Papá Noel. Una semana después lo encontraron ahogado en las frías aguas de enero del Tundzha. Pero de eso hablaremos al final. Hace unos años, un amigo de la familia, el doctor Asazov, me contó la siguiente historia, en la que también participaba el hombre de los muchos nombres. Transmito aquí el relato del doctor (él también fue uno de los protagonistas), tal y como lo apunté aquella noche.

Nos habíamos reunido donde Homero la primera noche del año nuevo para pasar la resaca. Homero regentaba un bar en una cochera, que había bautizado con el nombre de «Ilíada», y en la entrada tenía un viejo escudo aneado de Aquiles, rescatado de la utilería del teatro, que se parecía más a la tapa de un tonel para hervir los tarros de compota, pero esa es otra historia. Un alma lírica. De ahí le viene el nombre. Se había hecho tarde y quedábamos solo tres personas en el garaje: Homero, un amigo editor de la página humorística del periódico local, que también era epigramista, y yo mismo. Bebíamos de a poco, charlábamos, yo me había puesto a contar una historia cuando Sócrates entró en el garaje. Le había dado por llamarse así aquella noche, y así le llamábamos. Enseguida lo invitamos a nuestra mesa, le pedimos un vino tinto, le dimos un tenedor y él mismo propuso que esa noche, como éramos cuatro, montásemos un simposio. Homero quiso protestar porque odiaba a los comunistas con todos sus congresos y simposios, pero Sócrates le explicó que simposio era una palabra griega que venía a decir algo como una reunión de varias personas que beben y charlan, y además podía entenderse como festín. Enseguida accedimos y dio comienzo el festín. Sócrates nos

asignó nombres a todos. «Tú serás Erixímaco», me señaló. «¿Quién es Erixímaco, amigo Sócrates?», le pregunté. «Un médico, como tú», respondió a secas. A continuación, dio a nuestro amigo el satírico el nombre de Aristófanes, que le sentaba realmente bien, y a Homero, es decir, al dueño, le concedió el nombre totalmente desconocido de Agatón, porque así se llamaba el anfitrión del banquete de Platón.

Puesto que cuando llegó Sócrates yo ya había empezado a contar una historia terriblemente embarazosa de mi infancia, se optó por que la acabara, y después cada uno tendría que contar la historia de su primer bochorno, o la historia personal de su primer naufragio, según lo expresó Sócrates. Les advertí que la mía era algo repugnante y no muy apropiada para la mesa, pero insistieron en que la contara. Y empecé:

De niño odiaba los pepinillos en vinagre. Y los odiaba por una sencilla razón: porque cada vez que venían invitados mi padre me mandaba al sótano a sacar pepinillos del gran bidón para acompañar el aguardiente. No os podéis imaginar el miedo que pasaba.

Pues bien, por aquel entonces, nuestra familia fue invitada a cenar a casa de unos peces gordos de la ciudad, muy importantes por su conexión con el Partido y por otras muchas conexiones. Recuerdo que mis padres empezaron a prepararse para la dichosa cena desde la hora de comer. Mi madre se cambió tres veces de vestido hasta elegir el que mejor combinaba con un broche, mi padre se rasuró dos veces a contrapelo, se cortó debajo de la nariz y estuvo maldiciendo en el baño, y a mí me pusieron el traje con el que tocaba en la orquesta en las fiestas del colé. Casi nos pilla el toro. Por fin llegamos, llamamos al timbre, que entonó «Katyusha» hasta la mitad, y entramos. No voy a hablar del ambiente que se respiraba dentro ni de los enormes sillones de cuero. Noté que mis padres también estaban nerviosos. Pero me olvidé de todo cuando vi a su hija. Una increíble criatura rubia, vestida de rosa, casi digo de rusa, que encima se llamaba Zinaida. Nos sentaron en la mesa con los mayores, en un extremo, y nos sirvieron dos platitos con pepinillos en vinagre y zumo de guindas, y la madre de Zinka dijo que nos entretuviéramos solos. Yo era tan tímido que no dije ni mu y me limité a atiborrarme mecánicamente de pepinillos; al menos era una excusa para mi hosquedad. Sabía que no se hablaba con la boca llena. No notaba en absoluto el sabor de los odiosos pepinillos. En un santiamén vacié el plato. Me preguntaron si quería más y me limité a asentir. No recuerdo cómo vacié el segundo y luego el tercer plato. Zina me observaba estupefacta y, según me pareció, impresionada por mi destreza. Mi padre me lanzó varias miradas inquisitivas, mi madre intentó explicar que a mí nunca me habían gustado los pepinillos en vinagre, pero nada daba resultado. Menos mal que la madre de la niña propuso que fuéramos a jugar a su cuarto.

Yo no tenía nada en contra, pero al cerrar la puerta del cuarto sentí tal retortijón de tripas que solo logré doblarme por la mitad y…, con perdón, me cagué encima. Por un instante miré como un imbécil a la niña, que se había quedado ojiplática, y me precipité hacia el baño. Me encerré por dentro, abrí el grifo y rompí a llorar. Al poco, mi madre y mi padre se plantaron al otro lado de la puerta, intentaron persuadirme para que abriera, pero yo había echado inflexiblemente el pestillo y no pensaba salir por nada del mundo. Quería morirme en el acto, allí mismo, en el retrete, meterme entero en la taza, tirar de la cadena y hundirme para siempre. Hora y media después hablé con voz lacrimosa y expuse mis condiciones para salir. Pedí que todo el mundo se largase y que apagasen todas las luces. Cuando el pasillo se quedó en silencio, abrí de sopetón la puerta, en varios brincos llegué hasta la entrada y desaparecí en la oscuridad del barrio. En fin, esa es la historia, menudo bochorno, cagarte delante de la primera mujer de tu vida, por así decirlo.

Todos lloraron de risa con esa historia, sobre todo Sócrates. Luego le tocó a Homero, perdón, a Agatón, empezar su historia. Aquí añadiré que él hacía sus pinitos con la escritura, pero en secreto. Lo que quiere decir que las personas que estaban al tanto de esa ocupación suya eran muchas más que si hubiera publicado algo, pero bueno. Era el más joven de entre nosotros, acababa de terminar el servicio militar, y contó que en primaria, en el cumple de un compañero de clase, tras haberse acabado las tostadas con lyútenitza[4] y los dulces, decidieron jugar a la botella. Un juego atrevido en aquella época, gracias al cual, confesó Agatón, aquella noche había besado por primera vez a una chica. Y ese beso había sido la primera situación bochornosa o el primer naufragio frente al sexo opuesto. Resulta que apagaron las luces, Agatón se dispuso a besar a la chica, dio con ella de mala manera, apenas le rozó la mejilla con los labios, y cuando encendieron la lámpara todos estallaron en carcajadas porque los labios de Agatón, pringosos de lyútenitza, habían dejado una marca roja en la mejilla de aquella niña. Ese incidente le había costado a nuestro amigo una espera de ocho años antes de lanzar su segundo intento de besar a una chica.

Aprobamos la historia de Agatón e invitamos a Aristófanes a empezar. Por lo que recuerdo, nos contó algo que a mí me parecía haber oído en forma de chiste, pero Aristófanes juró que le había ocurrido de verdad y que, si se había convertido en una anécdota conocida, se sentiría hasta orgulloso. El caso es que la historia databa de cuando Aristófanes había trabajado unos años como cocinero en el restaurante de un hotel. Una noche se alojó en él un tipo presumido de Sofía, pidió hablar con el cocinero en persona y le preguntó qué podía ofrecerle para cenar. Aristófanes contestó muy crecidito que le

podría preparar cualquier cosa que se le ocurriese. De pronto, el tipo de Sofía dijo como de broma: «Entonces quiero ojo de camello encebollado». Aristófanes reflexionó un instante y contestó que en dos horas lo tendría. El otro se quedó patidifuso y dijo que, si en dos horas le servían ojo de camello encebollado, le pagaba cien pavos a tocateja, y si no, Aristófanes tendría que pasarse la noche entera disculpándose por el micrófono de la orquesta del restaurante. Hicieron la apuesta y el huésped se fue a dar una vuelta por la ciudad mientras le preparaban el ojo. Cuando regresó al cabo de hora y pico, el hombre vio estupefacto a un camello pastando tranquilamente las violetas frente al hotel, con una venda negra en un ojo. Entró abatido en el restaurante y sacó el dinero. Pero Aristófanes, aún más abatido, fue a su encuentro y le dijo que se guardara el dinero porque el camello había podido conseguirlo, pero en esa época había tal escasez de cebollas en toda la región que no había podido encontrar ni una sola.

«Así fue como —decía Aristófanes— perdí cien levas por culpa de una cebolla y tuve que disculparme muy formalmente por el micro de la orquesta. Menos mal que no mutilé al camello del circo que estaba de paso por la dudad: solo le vendé el ojo para tomarle el pelo a aquel impresentable.»

Esa fue la historia de Aristófanes, pero sigo pensando que se la había inventado. En todo caso, le llegó el turno a Sócrates. Guardó silencio durante un minuto o dos y, cuando todos pensábamos que iba a empezar, inesperadamente rompió a llorar. Montó un buen berrinche, como un niño pequeño, las lágrimas le rodaban de los ojos, y no sabíamos qué hacer. Al rato se calmó, se secó el rostro con la manga y dijo que no disponía de ninguna historia personal. Dijo que podía contar las historias de todos los libros que había leído, departir hasta el alba e interpretar las historias que acababa de escuchar, pero, por mucho que hurgase en la memoria, no podía sacar ni una sola historia personal.

Y nuestras historias personales son las únicas jugadas, eso fue lo que dijo, las únicas jugadas de las que disponemos para prolongar, aunque sea un poco, una partida con un final anunciado. Y, aunque estratégicamente hayamos perdido el juego, las jugadas baldías de nuestras historias siempre pospondrán el final. Aunque sean historias de naufragios, dijo Sócrates y sonrió, y sus ojos seguían húmedos. Ninguno de nosotros sabía entonces que aquel iba a ser nuestro último encuentro.

Esta es la historia de aquel tremendo simposio, tal como me la contó el doctor. Unos días después, encontrarían al hombre de los muchos nombres ahogado en el río. Su cuerpo estaba enredado entre los juncos, a la altura del puente del parque. Se rumoreaba que, en sus interminables vigilias nocturnas, podría haber sido testigo

involuntario de un robo o un asesinato, que no faltaban en la ciudad. O tal vez solo había intentado adelantarse con una jugada al destino, y ahora está pescando, junto con Heráclito, en algún Tundzha celestial. Al día siguiente, en la ciudad apareció una necrológica que informaba del fallecimiento de Gaustín, Gosho el Centro, Sócrates, Platón, Heráclito, Diado Mraz y Papá Noel.

PRIMEROS PASOS

Tal vez para comenzar de nuevo,
se fue a vivir solo en una isla y se pegó un tiro.

ROBERT COOVER, «comienzos»

La primera revelación sobre el más allá me asaltó en el retrete de la casa del pueblo. Un lugar cálido y solitario, engullido por el follaje y aislado del mundanal ruido. Escrutando el agujero del retrete, un día vislumbré el Tártaro. Por allí, por aquel lóbrego orificio, pasaba el camino hacia abajo, hacia el hervidero, hacia el báratro de fuego. Y qué lentas volaban las grandes moscas verdes, esos lucíferos del más allá, resplandecían por un instante a la luz y se precipitaban hacia abajo.

En lo alto, a través de las tejas ralas y las pesadas telarañas, se divisaba el cielo, y abajo, justo bajo mis pies, bullía el Averno. Y la muerte se explicaba por sí sola. El cielo se llevaba las almas a través de las tejas, mientras que los cuerpos hacían plof en el Tártaro. Esa era la naturaleza del más allá.

De cuclillas sobre el agujero, no sentí asco. Estaba impactado por la revelación de que el Tártaro, donde según mi abuela un día acabaríamos todos, se hallaba tan cerca, en el jardín, al lado de casa.

Y nosotros íbamos allí todos los días.

El primer libro con el que aprendí las letras fue Apuntes sobre las rebeliones búlgaras. No por patriotismo, sino porque hasta los siete años viví en el pueblo y, al parecer, aquel era el único libro de la casa. Escribía las letras sobre las últimas dos páginas en blanco de los Apuntes. Primero mi abuelo trazaba la letra con lápiz tinta, luego yo la repetía. Los dos teníamos las lenguas azules como las de los talasami.[5] Fue en aquella época cuando empecé a leer los Apuntes. Insisto, no por otra razón, sino porque al parecer era el único libro que había entonces en la casa del pueblo. Una vieja edición de tapas duras, marrones, forradas por dentro con tela.

Faltaban las primeras sesenta o setenta páginas, tal vez habían sido

arrancadas y aprovechadas para fines más incendiarios. Ahora veo que faltaban los capítulos «Unos cuantos detalles», «El comité revolucionario búlgaro» y la mitad de «La abuela Tonka». De todos modos, por aquel entonces no me habrían resultado interesantes, así que fue una feliz coincidencia. Me zambullí de cabeza en la rebelión. Ese libro fue la gran aventura de mi infancia. Y un libro de aventuras al mismo tiempo. Algo como lo que supuso El jinete sin cabeza poco después. Benkovski[6] y la caballería ligera (por desgracia, en casa solo disponíamos de un burro) eran mis personajes favoritos.

Son demasiado breves esos años tempranos de lectura feliz, cuando todavía somos lectores en el jardín del Edén.

En el jardín delante de casa había un cerezo grande y bonito. Después de la primera lectura de Bajo el yugo ya dejó de ser un simple cerezo. Latía en él un cañón de cerezo.[7] Encalaba su tronco para protegerlo de las orugas y para que no se echase a perder el cañón. Vázov describe la elaboración de forma clara y sencilla. Taladras el tronco a lo largo con el barreno, soplas el aserrín y ya está tu cañón. Le pones por encima dos o tres aros de hierro y ahí tienes el Krupp búlgaro. Era de una facilidad tentadora. Al año siguiente, sin embargo, el cerezo se secó de repente. Así es como a veces fracasan las rebeliones.

Durante dos o tres años mi abuelo no se atrevió a talarlo. Un verano, cuando regresé al pueblo, lo vi podado. Quedaba solo el tronco y una rama sana, de las de abajo. Desde entonces, todos los años mi abuelo colgaba de esa rama el cordero degollado para la fiesta de san Jorge. Me gustaba observar cómo la sangre chorreaba en gotas grandes sobre la tierra mientras él desollaba el animal y sacaba las entrañas aún calientes. Había encontrado la manera de conservar el cerezo convirtiéndolo en una especie de santuario pagano, un lugar de culto para el cordero de san Jorge. Esta es, desde luego, la interpretación elevada de esta historia. Quizá la decisión del anciano fue del todo pragmática. Por qué talar un cerezo seco si aún puede servir, aunque solo sea para sujetar el gancho del cordero.

Desde pequeños fuimos amamantados con los arcanos del oficio de escritor, y parecía que el lugar natural para esta iniciación era el bar del barrio, donde nuestro padre nos pedía sopa de callos y limonada todas las mañanas. Mesas cuadradas, hules agujereados por los cigarrillos, el ventanuco del pasaplatos grasiento, cristales empañados por la sopa ardiendo que todos soplaban ruidosamente y sorbían bien sazonada con vinagre y ajo. Y allí, en un cartel de metacrilato azul colgado de la pared, leí por primera vez: «Los escritores son los cirujanos del alma humana. Deben extirpar de ella todo lo que está

podrido y descompuesto». ¿Qué podía significar ese cartel en aquel lugar? Lo leía por sílabas mientras sorbía mi sopa. Una cucharada, «cirujanos»; otra, «podrido»; otra más, «descompuesto»…

Tenía un sabor peculiar aquella sopa.

En la puerta de la casa de una compañera de clase, oímos por primera vez «Carmen» y «Pequeña serenata nocturna» entonados por un timbre eléctrico traído del extranjero por su padre, que era camionero. Estábamos en los primeros cursos de primaria y sentíamos una envidia feroz por nuestra compañera y su padre. Para nosotros, el extranjero era un país en sí mismo, como Francia o Italia, pero mucho más atractivo. Solo allí había timbres eléctricos, chicles con forma de cigarrillos y tabletas de chocolate tan largas que te llegaban hasta el codo. Nuestros padres nos explicaban que en el extranjero no tenían nuestra naturaleza ni nuestro yogur. Pero a nosotros la naturaleza y el yogur no nos sabían tan bien.

La primera vez que vimos la torre Eiffel fue en forma de un pequeño souvenir con un termómetro para medir la temperatura de los interiores, así que por aquel entonces aún no nos hacía gracia el chiste del búlgaro que, al toparse con la verdadera torre Eiffel, empezó a dar vueltas alrededor en busca del termómetro.

Para nosotros, las góndolas venecianas eran lamparillas de noche con melodías, y la Acrópolis, un cenicero de porcelana solo para los invitados. Todos tenían La Mona Lisa en el dormitorio, La última cena en el salón y naturalezas muertas con frutas y sandías partidas en la cocina.

Era una época dorada para nuestra cultura general.

Por eso abrazamos luego con tanto furor a Baudrillard y la «precesión del simulacro». Ya no teníamos por qué ir a ver la torre Eiffel: era otra copia más, y sin termómetro.

El mundo resultó ser mucho más aburrido de lo que prometía. Se supo que las islas Sándwich no tenían forma de sándwich, sino que debían su nombre a un lord inglés. Y el lago Titicaca no estaba lleno de lo que nosotros pensábamos. Ni los indios vivían en la India, ni Gojko Mitic era un piel roja,[8] entre otras cosas muy lamentables. Al final siempre aparecía alguien que certificara la muerte de aquello que nos rodeaba.

Había mucha muerte en aquella época, mucha putrefacción.

Solo quedaba aquel extraño símil en el que nuestra profe de Geografía insistía con ahínco, mientras deslizaba el puntero por los bordes de Bulgaria en el desgastado mapa. Siempre aparecía un temible león con la cabeza vuelta hacia el mar (y los cuartos traseros

hacia occidente). Esa delimitación de las fronteras, como se vio después, debería insuflarnos coraje y mantener a raya a las demás naciones. Pero nosotros temíamos que el andrajoso león abriese las fauces de par en par contra nuestra pobre maestra. También temíamos, los de las extremidades sudestes del león —más o menos allí nos ubicábamos—, pisarle por descuido las patas delanteras, o que algún salvaje del noroeste le tirase del rabo. Y si el león, por lo demás sumiso, se levantara y se sacudiera, qué sería de nosotros…

«Buen león… Buen león…», repetía por la noche antes de dormirme, acariciando el atlas y temblando por la profe de Geografía.

UNA SEGUNDA HISTORIA

Esto tengo que contároslo —empezó Kornél Esti—. El otro día alguien dijo que no viajaría a un país cuyo idioma no hablase. (…) Pocas veces he tenido alguna experiencia similar, porque, como sabéis, hablo diez idiomas… En realidad, solo una vez, cuando de camino a Turquía atravesé Bulgaria.

DEZSÓ KOSZTOLÁNYI, Kornél Esti

Los viajeros de todos los trenes nocturnos que atraviesan las fronteras de los Balcanes se parecen especialmente. Un etnopsicólogo perspicaz buscaría diferencias, pero no llegaría más allá del distinto grado de locuacidad, ciertas variaciones en los insultos de origen común, diferentes marcas baratas de cigarrillos, que se fuman sobre todo en el compartimento, y ya. Las obsesivas similitudes con otros pueblos balcánicos ya no traen consigo aquella escéptica satisfacción panbalcánica. Después de 1989, esa entrañable familia eslavo-balcánica, reunida en el Mar Negro, pongamos, en la idílica configuración de marido búlgaro, mujer checa y niños húngaros, se ha roto irreversiblemente en las nacionalidades que la componían. Como personas que han hecho una serie de cosas prohibidas la noche anterior, aprovechando la cercanía impuesta, y al día siguiente se evitan con cautela, incapaces de recordar nada.

Me he resignado a la idea de que cuando viajo en tren me tropiezo inevitablemente con abuelas verborreicas, ancianos que reviven al detalle sus últimos cincuenta o sesenta años, señoras que tienen nueras pérfidas, y demás personajes por el estilo. Las mujeres guapas siempre viajan en los compartimentos vecinos.

Esta vez, al entrar en el compartimento y ver a esa mujer de pelo castaño junto a la ventanilla, tuve que comprobar mi billete, convencido de haberme equivocado de asiento. Pero no.

—Balkán exprés, ¿no? —pregunté, aún sin atreverme a sentarme.

La chica asintió de forma benévola, o eso me pareció, y sonrió. No había ningún error. Poco después el tren arrancó. Estábamos solos en el compartimento, el vagón medio vacío. Saqué mis cigarrillos, le

ofrecí, pero ella sacó del bolso los suyos, le di fuego y encendió. Sabía que debía decir algo, entablar conversación; pero, naturalmente, cada inicio me parecía banal y condenado de antemano al fracaso. Siempre viajo con la mirada clavada en algún libro para evitar que me arrastren a una conversación. Mi primera frase me sorprendió incluso a mí.

—Mi abuelo viajó en esta línea durante cuarenta y ocho años. Era revisor. —Interpreté su mirada como alentadora y decidí continuar—. Estaba muy orgulloso de una de sus historias. La contaba dos veces al año, en Navidad y en Pascua. Era todo un ritual. Tenía un pequeño armario que era suyo y de nadie más, donde guardaba una vieja cartera de revisor. Todos sabíamos lo que iba a sacar de ella: un número ya amarillento de Voz ferroviaria de 1939. Abría el periódico, me lo entregaba y yo empezaba a leer. Leía el relato entero, de pe a pa. Recuerdo que ocupaba toda la penúltima página. El relato lo firmaba un húngaro; de hecho, puede que no fuera un relato, sino el capítulo de una novela, pero da lo mismo. El autor contaba que una vez había hablado durante varias horas con un revisor búlgaro, y eso que no sabía una sola palabra de búlgaro. El revisor no había sospechado nada y el húngaro se sentía muy orgulloso de la maña con la que había preparado la escena, deleitándose durante horas con el parloteo incansable del búlgaro.

»Todos sabíamos que ese revisor era mi abuelo. Yo incluso sabía en qué momento exacto (allí donde se le describía como «un búlgaro gordiflón de bigotes negros») mi abuelo refunfuñaría acusando al húngaro de haberse tomado licencias excesivas. Cuando terminaba de leer, todos nos quedábamos en silencio, mi abuelo encendía un cigarrillo y, solo después de la tercera calada, empezaba su relato. Hablaba despacio, orgulloso de ser un buen narrador, y siempre le escuchábamos con respeto. Yo me entretenía detectando las diferencias con los relatos anteriores, los nuevos detalles que aparecían cada vez.

En ese momento entró el revisor y, por un momento, interrumpió la historia. Cuando se fue, le pregunté a la chica si la estaba molestando. Ella solo negó con la cabeza y me invitó con la mirada a seguir.

—Y entonces mi abuelo esbozaba una sonrisa misteriosa y contaba su propia versión del encuentro con el húngaro. Una noche iba por el pasillo del tren a Estambul, era pasada la medianoche, los pasajeros roncaban suavemente. Solo en el vagón de primera clase fumaba un caballero elegantemente vestido (bajo, regordete, de barba pelirroja, recalcaba mi abuelo, como para vengarse de aquel «búlgaro gordiflón de bigotes negros»). Ya le había revisado el billete y estaba a punto de irme, seguía mi abuelo, pero estaba claro que él tenía ganas de hablar,

porque me detuvo y me ofreció un cigarrillo. Me lo ofreció en búlgaro, así fue, pero había algo en su voz que no era del todo búlgaro. Es cierto que sus cigarrillos eran buenos, «con boquilla bañada en oro», de los que no se encontraban por aquí. Parecía un buen hombre, de aspecto afable, y no dejaba de sonreírme; en fin, que no le apetecía estar solo. A mí tampoco me apetecía estar solo, pero de qué podíamos conversar si yo solo hablo búlgaro y un poco de valaco. De todos modos, le empecé a hablar en búlgaro, quién sabe, a lo mejor hablaba un poco, hay gente para todo. Pregunté de dónde era el señor, si entendía nuestro idioma. Y le di las gracias por el cigarrillo. Él se limitó a asentir con la cabeza y me dio una palmadita afectuosa en el hombro. Yo en ese momento ya lo tenía calado y sabía que no entendía ni una palabra de nuestro idioma, pero por alguna razón no quería delatarse. Eso es asunto suyo, pensé, tal vez le daba miedo perder mi compañía.

»Y entonces tuve la idea, fui yo quien tuvo la idea, insistía mi abuelo, de morder el anzuelo. Y me puse a hablarle de todo lo que tenía acumulado dentro. Podía contárselo todo a ese hombre, porque no iba a entender nada en absoluto. Le hablé del ejército, de mi servicio en el tren, de los personajes raros con los que me había ido topando. Qué bien escuchaba aquel hombre. Nosotros, los búlgaros, lo nuestro es interrumpir y decir: ah no, si eso no es nada, si supieras lo que me pasó a mí… No nos dejamos terminar la frase. Mientras que aquel caballero se me quedó mirando como si no quisiera perderse una sola palabra. A veces sonreía, otras movía la cabeza, de tanto en tanto soltaba un "sí, sí". No siempre atinaba con el momento adecuado, pero yo no se lo tenía en cuenta. Fingía haberlo tomado por un paisano, y él disfrutaba. Yo también disfrutaba. Podía contarle cualquier cosa. No hay tanta gente a la que puedas contárselo todo. Y a este podías insultarlo, podías desahogarte con él, habría aceptado lo que fuera. Va a ser que justo las personas que no hablan el mismo idioma son las que mejor se entienden. A él le hacía gracia, y a mí me hacía gracia, los dos nos engañábamos, y tan contentos.

»Se ve que el abuelo se dejó llevar, pues llegó incluso a enseñarle sus dos botones de hierro (el húngaro también los mencionaba en su relato). Siempre los llevaba encima y los consideraba su recuerdo más preciado. Eran todo lo que le quedaba de su padre, muerto en las guerras de los Balcanes por aquellos lares. Mi abuelo apenas recordaba a su padre, y esos dos botones de su capote militar tenían un valor especial para él. Nunca se separaba de ellos. Así que se los enseñó al extranjero, y este comenzó a juguetear con ellos y a reírse. Para él no eran más que dos botones. Entonces mi abuelo no pudo contenerse y rompió a llorar como un niño pequeño, según el relato del húngaro, mientras que, según la versión del abuelo, le lanzó una mirada como

un puñal y recogió rápidamente los botones. Por poco llegamos a las manos, contaba mi abuelo, me había dejado llevar tanto que me había olvidado de que aquel hombre no entendía nada. Caí en la trampa que yo mismo había tendido. Luego me sentí mal por haber sido grosero con él, le pedí disculpas, pero ya no estaba seguro de si me entendía. Un minuto antes era como si nuestras lenguas no existieran, como si las hubiéramos dejado a nuestras espaldas, y nos entendíamos de maravilla; pero ahora cada uno se había parapetado tras su propia lengua, que se alzaba como un muro infranqueable. Nos despedimos cortésmente, pero en cierto modo todavía me siento mal por ello.

»Esta era la historia que el abuelo solo contaba en días festivos, dos veces al año, en Navidad y en Pascua. No reconocía ninguna otra festividad. Resultó que aquel caballero era efectivamente un extranjero, y no cualquier extranjero, sino un húngaro, como decía el abuelo. Para él, los húngaros, por su lengua, eran los más extranjeros de todos. Por si fuera poco, resultó ser escritor.

»Después de aquella aventura, mi abuelo viajó en tren otros treinta años, pero nunca tuvo la oportunidad de volver a encontrarse con aquel caballero. Ni de poder hablar tan largo y tendido con nadie más, como él mismo contaba. Y, al final del relato, antes de decir "¡Salud!", siempre terminaba con la misma frase que todos los que estábamos alrededor de la mesa podíamos recitar a coro: "Veis qué cosa es el idioma, él pensaba que me tomaba el pelo porque no quería quedarse solo, yo pensaba que le tomaba el pelo porque tampoco quería estar solo, y resultó que el idioma nos tomó el pelo a los dos. Pero nunca he vuelto a sentirme tan a gusto".

»En fin, eso es lo que decía al final mi abuelo, el revisor jubilado, y brindaba: "¡Salud!".

La mujer frente a mí seguía mirándome con expectación, como si no quisiese que la historia se acabara. Me tomé su mirada como un cumplido. Nunca he sabido contar bien ni siquiera un chiste, y esa vez lo había clavado.

De todos modos, la pausa me pareció demasiado larga, incómoda. Encendimos sendos cigarrillos y entonces ella estiró la mano inesperadamente y dijo:

—My name is Kathrin. I don't know your language but it was a great story.

HISTORIA CON ESTACIÓN

En todas las estaciones centrales del mundo se representa el mismo drama, ambientado en los aseos y protagonizado por un grupo de paisanos nuestros. La trama gira en torno a cómo burlar las puertas automáticas de los aseos en cuestión o, mejor dicho, cómo la presencia de un búlgaro cerca de esas puertas imposibilita el correcto funcionamiento del sistema: dispositivo automático - moneda - persona con apretón.

Con una sola moneda y un rápido corrimiento de los cuerpos uno tras otro, se puede conseguir el alivio de un montón de pasajeros. He oído que, en una estación alemana, durante una de esas operaciones, la puerta automática del aseo no resistió y se quedó bloqueada. El pequeño colectivo atrapado en el interior, al no saber cómo pedir ayuda, se puso a gritar la única palabra alemana que conocía, probablemente aprendida de las viejas películas rusas de guerra.

A saber:

¡¡¡Achtung!!! ¡¡¡Achtung!!!

Lo que causó un pánico indescriptible en la estación alemana, el consecuente desalojo de la sala de espera y el despliegue de unidades antiterroristas. Y así, mientras unos dentro gritaban Achtung, otros fuera acordonaban la zona a la espera de la explosión.

La respuesta a la pregunta «¿Dónde estamos en este momento?» guarda relación con la historia citada. Desde los aseos salen gritos de advertencia. Todo el mundo tiene claro lo que ocurre, pero allí nadie abre ni sale nadie. Y la única salida que el retrete ofrece lleva hacia abajo. Hacia el Tártaro.

1996

KRISTÍN QUE SALUDA DESDE EL TREN

Esa fue su decisión: saludar con la mano a todo el mundo.

El tren pasaba por Europa Central, por algún sitio allende los Tatras, por todo el eslavismo del paisaje, entre largas hileras de alfalfa segada, dientes de león y margaritas. Las amapolas junto a las vías se habían vuelto locas. Tenía la sensación de que todas las compañías de ferrocarriles centroeuropeas se mantenían fundamentalmente gracias a la venta de opio. El sol ya se ponía, el ocaso sobre esos valles prometía ser infinito, y Kristín, asomada por la ventanilla, resplandecía como si estuviese hecha de papel de estaño. Recordé lo que decían de que un solo aleteo de mariposa podría cambiar el mundo.

Ella se giró y me aclaró que no era ninguna mariposa…, y menos una de papel de estaño. A veces realmente mostraba capacidades asombrosas. Volvió a asomarse fuera y se puso a saludar enérgicamente con la mano a un campesino viejo y centroeuropeo. El hombre la vio, titubeó por un instante, hasta me pareció que miraba tímido alrededor, y le devolvió el saludo.

—Toma —Kristín se giró de nuevo—, ¡no veas la alegría que le he dado!

—No veas cómo te has entrometido en su vida —contesté—. Imagínate ahora que este hombre vuelve a casa con su mujer envejecida que lo tiene hasta las narices, le echa heno al burro, le da papilla al cerdo, recoge las ovejas y se deja caer en el destripado asiento de camión frente a su casa. Y durante todo ese tiempo, piénsalo, no consigue sacarte de su cabeza. Por si fuera poco, le recuerdas muchísimo a cierta mujer a la que había confinado tan al fondo de su memoria que lleva más de treinta y ocho años sin permitirse pensar en ella. Y cuanto más piensa y bebe mastika, porque entretanto se ha agenciado una botella, más claro ve que todo le ha ido pasando de largo, como este mismo tren. Pero los trenes no paran allí, en su mísera vida de mierda, anodina y amarillenta como la pared meada del retrete de la estación. Y justo en ese momento, su mujer asoma en el umbral con una bata de flores rosas desteñidas y le grita que deje de pimplar y vaya a cenar, pero él no la mira, y se siente tan

abatido que ni siquiera tiene ganas de lanzarle la botella. Y es como si, en ese momento, aquel mismo tren de hace treinta y ocho años regresara y le pasara muy despacio por encima. Terriblemente despacio…

Sentí que mi imaginación iba tomando una inercia sádica, así que me callé. Kristín se había encogido en el asiento junto a la ventanilla y me miraba casi asustada.

—¿Hablas en serio?

—Te lo advertí. No puedes irrumpir en la vida de la gente ni siquiera con un saludo de la mano. A veces, sin quererlo, te conviertes en su destino.

—Tonterías. Es horrible que quieras usarlo todo para tus historias.

Y, para demostrarme lo convencida que estaba de sus palabras, se giró bruscamente hacia la ventanilla y saludó con un gesto forzado a un jefe de estación, colocado en posición de firmes con su uniforme ligeramente holgado junto al tren en marcha. El jefe de estación siguió impertérrito, solo arqueó las cejas expresivamente y, mientras pudo, siguió con los ojos a Kristín, que le saludaba. Estoy seguro de que permaneció en la misma postura, con la cabeza girada a la izquierda, durante unos minutos más. Desde luego, Kristín estaba irresistible a la luz de aquella puesta de sol que parecía infinita.

—¿Por qué no me habrá devuelto el saludo?

Había tanta ofensa en su voz, y tanta acusación en sus ojos, como si yo tuviera la respuesta, oculta en una historia que solo yo conocía. Le expliqué que en ese momento él estaba de servicio y que un saludo con la mano podría ser interpretado de un modo completamente distinto por el maquinista.

—A pesar de todo le has gustado —añadí—, y puedo asegurarte que apenas ha podido resistirse a saludarte.

Aquí hizo una mueca que debía de expresar su total falta de interés por haberle gustado o no a un jefe de estación. Pero enseguida dijo, como si tal cosa:

—De todos modos, si tanto le he gustado, podría haber corrido el riesgo de responder.

—Estoy seguro de que ya se arrepiente. Pero imagínate si no hubiera podido resistirse y hubiera empezado a agitar los brazos como… —Iba a decir como un payaso, pero la habría ofendido, así que continué con cuidado—: El maquinista enseguida habría interpretado ese gesto Dios sabe cómo. Quizá habría cambiado de vía y ahora tú y yo volaríamos de frente contra otro tren. Y así tu jefe de estación habría perdido toda posibilidad de volver a verte. Supongo que todo eso se le pasó por la cabeza en un segundo y le hizo contenerse.

Esta versión sin duda le gustó, pero ella quería escuchar toda la historia.

—Pero no intentes colarme cosas terribles como la vez anterior.

La tranquilicé diciendo que esta vez la historia era muy diferente y que había intervenido felizmente en el destino del joven jefe de estación. Me vi obligado a contar con pelos y señales cómo a partir de aquel momento ningún tren sería para él un simple tren, sino el portador de la cosa más bonita que había visto en su vida. Y cómo, a partir de aquel momento, todos los pasajeros verían a un jefe de estación enamorado, recorriendo con la mirada las ventanillas de los trenes que pasaban…

Mientras escuchaba la historia, Kristín perdió la ocasión de entrometerse en el destino de una joven familia con carrito de bebé, tres niños gitanos saludando enérgicamente junto a una barrera, una anciana y dos perros.

MOSCA EN EL URINARIO

En los baños alemanes —de hombres, se sobreentiende— los urinarios ofrecen el siguiente aspecto: limpios y resplandecientes, esto por descontado, pero en el centro de cada uno, sendas moscas. En un primer momento te apartas asqueado, luego te das cuenta de que la mosca está dibujada. Realismo total. Esa mosca cumple al menos dos funciones. En primer lugar, debido a su absoluta incongruencia, sirve para resaltar toda la asepsia del baño alemán, y del urinario en particular.

La segunda función, me interesé en averiguar, es puramente pragmática. El hombre frente al urinario debe tener un objeto al que apuntar. La mosca es una buena diana, un estímulo, un objetivo que el hombre inconscientemente quiere abatir. Y mediante el sencillo sistema binario «blanco - impacto directo» la probabilidad de fuego disperso fuera del urinario disminuye considerablemente. Y así: la mosca, abatida; el urinario, limpio. Y el hombre, aliviado.

Todo esto solo puede ocurrir en un baño alemán, donde la mosca está dibujada. ¿Y si estamos en un baño en los Balcanes? (Aquí se les llama retretes, y con razón.) Primero, la mosca no es una. Segundo, están vivas. Y tercero, no paran quietas.

Aquí vamos a interrumpir la historia porque a los lectores escrupulosos les empiezan a entrar arcadas, las damas se sienten excluidas y las analogías se tornan alegorías. Ya ninguna historia es inofensiva.

1999

ACERCA DEL SABOR DE LOS NOMBRES

Esta historia gira en torno a la importancia que tienen las cosas que no conocemos, y la importancia aún mayor que tienen sus nombres. En ese sentido, para mí, Rosa bella y Boeuf Stroganoff son importantes de la misma manera que para otros son importantes pato a la naranja (qué sonoridad: redondeada, con muchas vocales abiertas) o salchichas a la noruega, achicoria al estilo Flandes o, por último, pescado agridulce caramelizado Tang Su Yuk con una pizca de jengibre en la punta del cuchillo y mucha salsa de soja. En aquella época, hace ya muchos años (cinco o seis), empecé a trabajar para la revista Rosa bella. Hubo una vez una revista llamada así, que solo publicó dos resplandecientes números. La editaba una fundación pastelera homónima. Aquella fundación ganó fama rápidamente, manejó mucho dinero y desapareció tan rápido como había aparecido. Hoy ya nadie se acuerda de ella ni de sus tartas. Se conoce que los esfuerzos de mi amigo, responsable de la estrategia publicitaria de Rosa bella, y mis propios esfuerzos como amigo y ayudante, cayeron en saco roto. De todos modos, el nombre de Rosa bella (espero de verdad que a alguien al menos le suene) traía consigo algo del cambio de siglo, una pizca de estilo Sezession, dulce y suave. Esas al menos eran nuestras pretensiones para el anuncio, y con ese estilo se hizo el cartel, en el estudio del fotógrafo más en boga del momento y cuyo nombre ahora no recuerdo. Una compañera de la facultad de Filología Polaca (lo polaco es mucho polaco, decía mi amigo) era la cara, o más bien el cuerpo, de nuestro anuncio. Las cosas pintaban bien, y una dulce vida se desplegaba ante nosotros. Reflexionábamos sobre cómo el propio nombre de Rosa bella (se pronunciaba dilatado, con un ligero acento del sudeste) rezumaba añoranza y melosidad. Un dulce cuento de «Las miel y una noches» de una nueva Scheherezade. Sus confiterías se convertirían en clubs de nostalgia… Oriente no regenta pubs, en lugar de los pubs están los salones de té y las confiterías, y es ahí donde se puede saborear el verdadero Oriente, añadía yo.

Me enfrasqué en la literatura sobre publicidad, devoré a Séguéla y su No le digas a mi madre que trabajo en publicidad. Ella piensa que

soy pianista en un burdel. Debía inventar una frase publicitaria para Rosa bella. Estábamos en el Yalta, mi amigo y yo; él pidió dos trozos de tarta «Rosa bella», yo estaba sudando la gota gorda por culpa del eslogan, ni había tocado la tarta —el trabajo primero—, hasta que por fin le entregué un papel con cuatro propuestas. Mi amigo las leyó despacio, hizo la pausa de rigor, encendió un cigarrillo (no le faltaba teatralidad) y zanjó: «¡Esta!».

La frase elegida decía: «Nuestra repostería es vuestra fantasía». En su momento se hizo bastante popular. Me atrevo a decir que incluso contribuyó a desempolvar ese bonito vocablo, repostería, devolviéndole aquel brillo de antes de la guerra. Y allí mismo, en el Yalta, degusté por primera vez la tarta «Rosa bella». ¡Qué chasco! Antes de probarla, ya la había imaginado, con sus adornos y su glaseado. Había inventado incluso su nata densa, sus claras a punto de nieve y todo lo demás. Y ahora se me antojaba mediocre y aburrida. Su nombre era infinitamente más delicioso.

Y es lo único que queda de la Rosa bella de antaño.

Pero en aquel momento, cuando me dedicaba a leer mucho para la revista, engullendo todos los libros gastronómicos que caían en mis manos, me topé con otro nombre mágico: Boeuf Stroganoff (escrito a veces Boeuv Stroganov, que me gustaba aún más). Lo pronunciaba despacio, relamiendo las últimas sílabas.

¡Qué podía ser aquella delicia portadora de semejante nombre! ¡Y cómo cristalizaban en él la Francia del siglo XIX, con aquel santo de la tradición literaria, Saint-Beuve, y la Rusia del mismo siglo! Quién era ese tal Stroganoff, o tal vez Stroganov…

Me gustaba el Boeuf Stroganoff como nos gustan las islas Sándwich sin haberlas pisado nunca, sin haberles dado un bocado, de la misma manera que mi abuelo suspiraba por el Bosforo sin saber por qué… Pronunciaba ese nombre tal y como pronunciaba «el caballo de Przewalski» (lo tenía en un sello, de serie rusa). Todo el caballo estaba contenido dentro de ese nombre, todo estaba allí: los tendones, los músculos, la crin lisa, la grupa robusta, el paso de ambladura…

En un poema, llamé Boeuf Stroganoff a un hombre de familia, que por lo normal era «la vinagrera en la esquina de la mesa» o «un cuadradito del mantel», pero que, en fiestas, ante los invitados, ¡se convertía en todo un «Boeuf Stroganoff»!

Así es como suena Boeuf Stroganoff: severo y solemne, brillante, deslumbrante. Un aventurero reservado. Un mujik francés. Un ruso tres charmant.

Hace poco encontré la receta: carne de ternera, margarina, una cucharada de harina, ochenta gramos de nata, puré de tomate, patatas, una cebolla, pimienta, perejil y eneldo. Leí cómo las finas tiras del solomillo se salpimientan y se sellan en la margarina caliente,

cómo luego se les añade la salsa de nata, el puré de tomate y la cebolla picada muy fina y rehogada en mantequilla, etc. La receta destruía sin piedad la conexión franco-rusa y derrapaba hacia el bistec, hacia el filete con patatas, si nos ponemos brutos.

¿Qué ha querido decir esta historia? ¿Que la culpa de todo la tiene la mezcolanza de lenguas? ¿Se nos permite saber cuál es la lengua del bistec y cuál la de su nombre? ¿En qué lengua nombramos y en qué lengua pedimos?

ACERCA DEL ROBO DE HISTORIAS

En el tren Sofía-Burgás, justo antes de Chirpán, se oyó un violín.

(Parada imprevista: en este mismo lugar, en el tren, «justo antes de Chirpán» y hace diez años, conocí a Meto, de las Tropas de Obras Públicas,[9] y me regaló el siguiente monólogo. O quizá no me lo regaló, quizá se lo robé. Ahí va: … y el sargento dijo: «Vosotros sois la grava de la tierra. Y si se acaba la grava, ¿por dónde va a pasar el exprés Sofía-Burgás?». Eso dijo el sargento. Luego repartió un par de palmadas en las nucas, y otra vez: «No os preocupéis, la grava nunca se va a acabar…». Y es verdad, no se acababa. Así concluía el monólogo de Meto, con el mismo asombro que ahora veremos en los rostros de los pasajeros. Fin de la parada.)

Todos los pasajeros del vagón miraron sobresaltados el hilo musical, que nunca se había utilizado. La melodía no procedía de allí. Al rato, al violín se le unió un acordeón y desde el fondo del pasillo aparecieron sonriendo dos gitanos, uno de ellos (el violinista) con bombín. Con «Los años pasan», «Flor de las nieves solitaria» y «Los blancos monasterios» consiguieron cubrir el fondo del bombín con céntimos y dos billetes de una leva. Entonces el tipo del violín decidió cambiar de tema, le hizo una señal al acordeonista para que guardara silencio y, en un arrebato de gratitud hacia los pasajeros, se arrancó con un inesperado solo. Increíble, aquel Nigel Kennedy moreno tocaba el «Invierno» de Vivaldi y lo hacía de maravilla. Desde luego, sería mucho pedir que todos los pasajeros del tren a Burgás en Navidad pudieran reconocer a Vivaldi. Tal vez Nigel Kennedy tenía más posibilidades de que lo reconocieran, ya que justo en esas fechas se encontraba en Bulgaria. Alguien del primer compartimento gritó que estaba dispuesto a retirarle la propina a aquel tipo como no se dejara de chorradas. Al parecer, Nigel no lo oyó, pero su compañero del acordeón reaccionó al vuelo, le dio un codazo y los dos transformaron sobre la marcha a Vivaldi en «Ojos negros». Una transición extraordinaria, sin duda ensayada en otras circunstancias similares. Con este giro los dos se ganaron otros tres billetes de una leva, se inclinaron con teatralidad, alguien aplaudió y, cuando todo quedó en silencio, el gitano del violín dijo:

—¿Por casualidad alguien va a Karnobat?

Contestó una mujer de nuestro compartimento, él entró, se disculpó y dijo que su madre vivía por allí, en el barrio al final del pueblo, la primera casa de la calle asfaltada, la azul, con una acacia en el jardín, Trufka era su nombre. Que si pasaba por allí le dijese: tu hijo está bien, toca muy bien el violín, gana dinero y es respetado. En ese momento el tren se detuvo bruscamente en Chirpán y el hombre se precipitó hacia la salida.

Ya por Stara Zagora la mujer se dio cuenta de que no había preguntado por el nombre del gitano. Meto, le dije, su nombre es Meto. Ella me lanzó una mirada sorprendida, luego decidió que estaría de broma y comentó que, al parecer, todos los gitanos se llaman igual.

Esta es la historia de Meto, que entre «Los blancos monasterios» y «Ojos negros» podía colarte sin que te dieras cuenta algo de Vivaldi, aún a riesgo de llevarse una bofetada o, al menos, de quedarse sin monedas tras pasar la gorra.

Con la gorra había dado su concierto Nigel Kennedy, según informaron los periódicos a la mañana siguiente: había deleitado con Las cuatro estaciones a los entendidos que acudieron la noche anterior al Palacio Nacional de Cultura.

Gaustín estaba sentado en un banco del parque leyendo el periódico. Se le acercó una gitana.

—Te veo, enterito te veo —dijo rápidamente la gitana—, déjame la mano para darte la buenaventura.

—No, gracias —contestó Gaustín con calma, sin levantar la vista del periódico.

—Te han echado un mal de ojo, hombre, no quiero tu dinero, te doy una miajica de romero para que se te quite.

—Oh, venga ya —dijo Gaustín, más severo, y abrió la siguiente página.

—Dime al menos qué pone sobre el tiempo —dijo ella, resignada.

Gaustín buscó con la mirada el espacio abajo a la derecha donde siempre estaba la previsión del tiempo, pero esta vez no venía nada. Recordó que el día anterior la primera página informaba de que alguien había robado la previsión meteorológica.

—El tiempo no está. Lo han robado… —contestó Gaustín, sombrío; estaba a punto de añadir «los gitanos», pero se contuvo.

—Venga, hombre, dime al menos qué hora es —suplicó la gitana —. El marido bebe, los niños van descalzos…

—¡Las 14:32!

Bueno, al menos he podido sacarle algo al rata ese, pensó la gitana, y eso que lo obtenido era un pobre consuelo.

Siempre consiguen sacarte algo, se les pega a las manos, ahora

hasta el tiempo, pensó Gaustín, que sacó de su cartera un pequeño cuaderno y anotó algo en él.

Entra la gitana en la policlínica, se va directa a Admisión y dice:

—¿Y adonde anda el doctor de los gitanitos?

—Espere, espere, si tiene un niño enfermo, debe traerlo.

—No tengo enfermo. Quiero que el doctor me mire para los gitanitos.

—¿Quiere una revisión?

—Eso quiero. Mi hombre fue y me robó la sangre y en su lugar me puso los gitanitos. Dos meses no tengo la sangre, y cuando no tengo la sangre tengo gitanitos. El mío es que tiene la mano muy larga. A otras gitanas también les ha robado la sangre. Manos largas, muy largas. Una vez le mangó a su hermano dos bidones. Adonde está el doctor para que me diga cómo recupero la sangre…

(La última historia me la regaló mi amiga Albena. Ella misma se la había robado unos quince años atrás a una compañera de clase. Pero la historia no le pertenecía a su compañera, sino a su hermana mayor. Esta hermana mayor era la enfermera de Admisión en aquella policlínica.)

EL REGALO TARDIO

Y caminaba, caminaba por las calles alumbradas, se detenía bajo las farolas, contemplaba los enjambres de copos, abría la boca como cuando era niño, sacaba la lengua bajo las punzantes gotas heladas. Aún faltaba una hora para la medianoche y los escasos transeúntes ni siquiera le dirigían la mirada: la ciudad estaba llena de vagabundos y bichos raros.

Y caminaba, arrobado por una extraña jovialidad; aquella ciudad le pertenecía, con todas sus calles, sus encrucijadas imprevistas, sus recónditos mercados cubiertos y sus cálidos respiraderos. Podía hacer toda una topografía del sintecho.

Llevaba un año y medio ya inmerso en aquella ciudad paralela de vagabundos sin hogar que no paraba de crecer. Le gustaba ser totalmente anónimo. No más relaciones.

Pasó por delante de una tienda de televisores. No tenía la costumbre de mirar los escaparates, iba a doblar la esquina cuando algo le detuvo. La tienda, por supuesto, estaba cerrada, bien iluminada, pero uno de los televisores del escaparate estaba encendido y lo que entrevio con el rabillo del ojo le resultó extraño y familiar a la vez. Aflojó el paso. Regresó… La televisión retransmitía aquella misma calle y aquella misma noche, incluso él salía en la pantalla. El hombre del televisor sacó la mano del bolsillo a la vez que él. Tuvo miedo de estar perdiendo la cabeza de nuevo. Hacía mucho que no se miraba a sí mismo. La pelliza desgastada, sí, esa era su pelliza, con ese mismo roto, justo por encima del codo. Se llevó la mano a la barba, no sabía que estuviera tan poblada. El tipo del televisor hizo el mismo gesto. Retrocedió un par de pasos y la figura pareció menguar. Se acercó. Ahora volvía a ocupar la pantalla. Se acercó aún más y casi pegó la nariz contra la vitrina. Todo el televisor se llenó de una nariz enrojecida por el frío, algo aguileña, y una barba poblada. Se veían incluso los copos de nieve sobre ella. Miró a su alrededor.

Debía de faltar poco para la medianoche. Esa Nochevieja era especial, apenas había un alma alrededor. Nadie estaba grabando. Ni rastro de cámaras. Debían de estar escondidos en algún sitio. Lo grababan de tapadillo desde la esquina, mofándose de él. Y ahora

todos en sus casas tenían la tele puesta y también se mofaban de él. Aquel pensamiento lo dejó helado. ¡Lo estaban filmando! Varios millones de personas observaban cada uno de sus movimientos. Esperaban a ver qué hacía. ¿Y si echaba a correr? ¿Pero realmente eran varios millones? No podía despegarse de su sitio. El pegamento de todos aquellos ojos lo mantenía ante el televisor. Tenía la sensación de que, si se separaba, si salía de la pantalla por un solo instante, se derretiría como un copo de nieve. Pero algo tenía que hacer. Aquellos ojos estaban aguardando. Empezó a arreglarse febrilmente la ropa. Intentó abrocharse el único botón que le quedaba, aunque sabía que no lo iba a lograr porque el ojal llevaba mucho tiempo roto y el botón se soltaba cada vez. Involuntariamente se alisó la barba, se pasó la mano por el cabello. Incluso se giró un poco hacia la derecha para disimular el desgarrón en el codo.

Bueno… Si habían decidido entretenerse con él en la última noche del milenio… Si no tenían nada mejor que hacer… ¡Con él, precisamente! Nunca, ni siquiera en su vida anterior, había salido en la tele. Los que aparecían en la pantalla eran de otro mundo. En el fondo, siempre los había envidiado. Incluso había pensado qué diría si lo paraban por la calle —paraban a cualquiera— y le hacían una pregunta de lo más normal. Por ejemplo: ¿está usted satisfecho con la vida actual? Hacían ese tipo de preguntas. Tenía preparadas varias respuestas posibles. Nunca lo habían parado. Y ahora, en la noche más importante del año, era el plato fuerte de la parrilla.

Se los imaginó: muchos hombres y mujeres, habitaciones cálidas, conversaciones, niños correteando, bebida en abundancia, velas, árboles de Navidad de plástico, palomitas caramelizadas. Y él, multiplicado en cada hogar. Hablar, ponerse a hablar cuanto antes, cantarles las cuarenta. Insultarlos. Soltar un taco, de los gordos, como lo llevaba haciendo toda su vida para sus adentros. Las primeras palabras que pronunció le sorprendieron incluso a él.

Hola… ¿Hay alguien ahí? Pausa. Tonterías… ¿De quién esperaba una respuesta? No, no, ¡tenía que intentar otra cosa!

Buenas noches a todos. Esta es la última noche del… Vaya, le había salido como a los que leían las noticias cada noche. No era fácil, no. Toda su rabia se derritió. Miró a su alrededor con impotencia. Una calle sospechosamente desierta. No le extrañaría que solo fuese un decorado.

Verán, yo estoy… Estoy aquí en la calle… No sé quién me está grabando. Debe de haber algún error. No sé cómo entretenerles. Si mi mujer me está viendo ahora, mi exmujer…, en fin…, todo bien… Estoy bien.

Ahora me voy a relajar y se me ocurrirá algo divertido. Un minuto. Que pongan un anuncio mientras.

Se dio la vuelta y alcanzó una petaca del bolsillo, la levantó y bebió.

Ahora sí, mucho mejor. De todos modos, los programas de fin de año eran muy tontos. Pues sí, lo eran. De niño tenía muchas ganas de meterme en el televisor, colarme justo cuando echaban una película de indios y quedarme allí para siempre, en la peli de indios. Ahora me digo: menos mal que no lo hice, porque las películas de indios en realidad eran de la RDA, se acuerdan, ¿no? Eran mentira. Y luego qué, toda tu vida en una mentira, aunque tampoco es que la de ahora… Esto está siendo demasiado triste para Nochevieja. Ahora pensaré en algún… Conocen aquel del hombre que… No, no, ese es un poco verde para la tele. Y aquel de los gemelos idénticos hablando en la barriga de su madre y uno le dice al otro: eh, cómo será afuera, qué vida nos esperará. En fin, que le da miedo. Y el otro le contesta: quién coño…, perdón…, quién sabe, nadie ha vuelto de allí. Bueno, tampoco ha sido tan gracioso.

Yo ni siquiera sé qué hora es. A lo mejor solo quedan unos minutos para medianoche. Y ustedes esperando el discurso de felicitación de Año Nuevo… Pero aquí no viene nadie. Y nadie me interrumpe. No sé… Que pongan música. Que venga el presidente. Yo ni siquiera veo cámaras. He leído que ya pueden filmarlo todo desde el cosmos. Va por allí volando una estación espacial, grabándote, y tú ni lo sospechas. Crees que nadie te ve, caminas o intentas robar un periódico del quiosco, y resulta que te observan y te filman. Te pueden ver incluso de noche. Tienen aparatos de ese tipo. Uno contaba que incluso se meten en el retrete, con perdón. Si no les interesa todo esto, sencillamente apaguen la tele. No sé hasta cuándo tendré que seguir hablando. No sé si vendrá alguien a sustituirme… De verdad que no lo sé. Yo solo pasaba por aquí. Ni…, ni siquiera sé qué debo decir. Podría saludar a alguien. Solo tengo una tía mayor, la hermana de mi padre, que en paz descanse. Pero ella no tiene televisor. Ay, Dios, qué feliz habría sido mamá si hubiera podido verme. Ah, ya está, se me ha ocurrido una historia de Nochevieja. Me voy a sentar un ratito, que hace mucho frío.

Cuando era niño, cada Nochevieja escribía una carta a Diado Mraz en secreto, pidiéndole que me trajera una cámara de fotos. Teníamos un vecino que se paseaba todo el día con una cámara así, con su correa de cuero, y fotografiaba bodas. Yo quería una igual. Y escribía todos los años. Y me iba a escondidas a echar las cartas en la oficina municipal de correos. Sin sellos ni nada. Nunca recibí la cámara. Recibía jerséis, libros, un balón, una vez incluso una pistola de fulminantes. Pero yo quería una cámara. Es lo que quería, hasta soñaba con ella. No se lo decía a nadie, pero seguía esperando. Empecé a poner sellos en los sobres, pero nada. Aquello que realmente

quieres nunca llega. Aunque no es exactamente así. Lo peor es que no es así. Un invierno, justo acababa de regresar de la mili, ya me había olvidado de la cámara y todo, y me quedé solo en Nochevieja. Llamaron a la puerta, yo no había invitado a nadie. Así que abro y veo a un Diado Mraz. Se le había despegado la barba, le asomaban las perneras del pantalón por debajo del disfraz. ¿Es usted —me dice— fulanito de tal? Soy yo, le contesto. Mete la mano en una bolsa enorme y saca una cámara de fotos, con estuche de cuero y correa. Era una Zenit, de las antiguas. Exactamente la que yo quería de pequeño. Me la entregó y se fue. Me quedé allí de piedra. Salí corriendo detrás para ver quién lo enviaba, pero ya había desaparecido. Si eso no es un milagro… Bueno, puede que en algún momento se me hubiera escapado, en la mili había mucho bromista, me lo habrían enviado de broma. Pero el regalo llegó. Diez años después. Diez años… Lo tenía en mis manos y me sentí triste, muy triste. Me senté y rompí a llorar, pero a llorar, sin saber por qué. Por qué no había recibido esa cámara diez años atrás. De qué me servía ahora, qué iba a hacer con ella. Si algo no ocurre cuando lo quieres, es mejor que no ocurra nunca. Ahora es lo mismo. Nadie te hace ni caso en toda tu vida, y mucho menos se paran a filmarte, y ahora, justo en Nochevieja…

Los petardos desde los balcones y los fuegos artificiales llegaron de golpe e interrumpieron su discurso. Se dio cuenta de que el nuevo siglo había llegado, pero no había nadie para relevarle. Se vio obligado a continuar con el programa. Tenía una misión. La ventisca aumentaba, la nieve ya no caía mansamente, sino formando remolinos sobre las aceras. Él ya no hablaba, solo estaba allí, mirando la pantalla, ofreciendo su imagen a la persona que tenía enfrente, manteniéndola, como se mantiene un fuego a punto de apagarse.

Por la mañana, el único televisor encendido del escaparate, de los que se usan en publicidad, con una cámara incorporada, mostraba la imagen de un hombre doblado por la mitad con los ojos muy abiertos. En la calle frente a la tienda no quedaba ni un alma viviente.

L. (UNA HISTORIA POLICIACA)

Tenía el dinero en el bolsillo, el tabaco, el mechero… Miró una vez más a su alrededor, luego se puso con cuidado el bombín, cogió la cartera, la abrió por tercera vez aquella mañana y por tercera vez se aseguró de que los seis folios impresos en apretados renglones estaban allí, se entretuvo unos segundos más en el pasillo, se asomó a la cocina, lanzó un «Adiós, Barbie», aunque allí a todas luces no había nadie, abrió la puerta y salió.

Había dos posibilidades.

La primera. No había nada de extraño en que una revista convocara un concurso de relatos cortos, que los relatos tuvieran que ser policiacos y tuvieran como tema un asesinato, y encima pasional. La revista explicaba: «El tema de crimen pasional fue sugerido por el concurso homónimo, celebrado recientemente en Estados Unidos a partir de una idea de Otto Penzler». Era lógico que, como colaborador habitual, participara en el concurso: gracias a esa revista, y a que los editores se deshacían en elogios hacia su persona, él ya se había hecho un nombre, aunque en un círculo reducido. De hecho, su no participación levantaría sospechas. Ese pensamiento lo mantuvo ocupado no menos de cien pasos. La lógica dictaba que fuera y entregara su relato. En aquel punto H. H. se detuvo, sacó un Gitanes —normalmente le daba a los cigarrillos más baratos como Mélnik o Sredetz, pero ese día merecía una excepción—, juntó las manos para protegerlo del viento y lo encendió. El humo áspero y acre puso fin a esa primera versión, la versión más rosa. Ralentizó el paso, en parte a causa del cigarrillo, y decidió meditar sobre la segunda posibilidad.

El concurso se había convocado tres semanas después de aquel caso. Los periódicos no soltaban ese asesinato, «el más truculento de los últimos veinte años», y llenaban páginas enteras con versiones que cambiaban cada día. Las tiradas se dispararon. Incluso hoy, casi dos meses después, el suceso seguía ocupando la primera plana. La gente estaba ávida de un verdadero thriller, de algo nunca visto. No es que faltaran los dos asesinatos semanales de rigor, pero eran triviales, asesinatos de empleados de casas de cambio, un tiro en la cabeza, un poco de sesos, la parte facial del cráneo volada, y poco más. Esto era

diferente. Una chica de doce años, «tan hermosa como una Barbie», como escribió un diario de la capital, sumergida viva en una mezcla hirviendo de resina, cera, filamentos de wolframio y virutas de plomo y plata. «Como si la hubieran preparado para el Museo Madame Tussauds», según otro periódico. Un molde color argento hecho a la perfección. Un enorme globo atado a su brazo izquierdo, y una bolsa de palomitas metida entre el brazo derecho y el cuerpo. Pero lo más espeluznante del caso era que aquella «muñeca» había permanecido así durante seis días, del veintinueve de diciembre, que fue cuando repararon en ella por primera vez, hasta el cinco de enero, el primer día laborable tras la larga ristra de fiestas de fin de año, que fue cuando la retiraron al pensar que era una muñeca publicitaria colocada ¡legalmente, o cualquier estupidez por el estilo. Había permanecido expuesta seis días enteros en el tejado de uno de los edificios del Puente de las Águilas, a la vista de toda la ciudad, junto al cartel luminoso de Lucky Strike.

Causaba un efecto espectacular allí arriba, con sus filamentos de plomo y plata centelleantes, con el enorme globo en la mano y el largo cartel a sus pies con esa frase tan críptica: «Feliz Navidad, Daddy». Llamaba la atención, como cualquier novedad: los viandantes levantaban la cabeza, todos contentos, aunque nadie sabía decir exactamente a quién felicitaba o qué publicitaba la muñeca. Cuando los obreros la estaban bajando del tejado, el molde se rompió y de su interior asomó el cuerpo de una chica joven en un estado inicial de descomposición. Unos días después, la policía publicó en todos los periódicos el retrato robot del presunto asesino, al que una anciana supuestamente había visto subir la muñeca al tejado. H. H. había observado con satisfacción que el retrato robot no tenía nada que ver con él y que más bien parecía un cromañón: frente baja, cejas pobladas, ojos maliciosamente hundidos en sus órbitas y una mandíbula prominente. Un dibujo sin duda sacado de un viejo libro de texto de criminología. Hacía poco habían disparado al vigilante de la embajada japonesa y la imagen del asesino captada por la cámara, de rasgos toscos y pelo largo (por cierto, sospechosamente parecida a la del «cromañón»), llevaba un tiempo aterrando a los lectores, hasta que detuvieron a dos adolescentes de diecisiete años de pelo rapado que se iban desangrando en un tren hacia Mezdra. Truquitos baratos de la poli.

Pues bien —H. H. encendió un segundo Gitanes—, tres semanas después del caso de «la muñeca viviente», la revista literaria con la que colaboraba regularmente había convocado un concurso de relatos policiacos. Los premios de dicho concurso eran sospechosamente generosos para el famélico presupuesto de la revista. Se aseguraba asimismo la publicación de un volumen con los mejores relatos. El

señuelo era demasiado suculento. El concurso estaba patrocinado por una tal Asociación de Aficionados a los Relatos Policiacos, de la que nadie hasta entonces había oído hablar. Se los imaginó como un grupo formado deprisa y corriendo para la ocasión: superpolis de paisano bien afeitados, con la chaqueta ligeramente abultada en el lado izquierdo. No habían anunciado el jurado, pero se barajaban los nombres de varios profesores de universidad. Si el concurso era un montaje, era poco probable que el jurado y los editores del periódico sospecharan que el autor del crimen pudiera ser alguien relacionado con el mundo de la literatura, o un maniaco al que le gustaba describir sus propios crímenes.

¿Tienen los polis la más remota idea de lo que es la ficción, o lo leen todo como si fuera una confesión, como un testimonio completo? ¿Han oído hablar alguna vez de Humbert Humbert?

H. H. se detuvo frente a la redacción, se imaginó —tercer Gitanes— cómo aquellos tipos arrebataban de las manos desprevenidas del jurado precisamente su relato. Cómo el caso estallaba en la prensa a pesar del secre-tismo de la investigación, cómo los editores de la revista liderados por el jurado discutían si esa clase de recursos eran aceptables, si la ficción podía utilizarse como prueba jurídica. Los medios de comunicación se volvían locos. El nombre de H. H. circulaba en tiradas inauditas. Editores emprendedores recopilaban todos sus relatos publicados en revistas y periódicos. Los intelectuales protestaban delante del centro de detención. El tribunal internacional de La Haya… Salman Rushdie enviaba… H. H. se dio cuenta de que estaba empezando a pensar en titulares. Letras enormes, en negrita, tipografía severa, siempre en primera página. Sintió el respaldo de toda la literatura universal, toda la ficcionalidad de este mundo, frente a la cual la policía, la investigación, el tribunal, el Estado con todas sus instituciones parecían tan patéticos como soldaditos de plomo. No, como escarabajos erráticos. La metamorfosis estaba a punto de producirse. Sacó los seis folios de la cartera y leyó una vez más el final del relato:

… tierno, morbosamente sensible, infinitamente circunspecto. Venganza para todos los tiernos, morbosamente sensibles, infinitamente circunspectos.

¡Feliz Navidad! Daddy.

Y abrió la puerta de la redacción.

Y abrió la puerta de la redacción.

EL ALMA NAVIDEÑA DE UN CERDO

Desde aquí, desde el fino ramaje del ciruelo, puedo observar con calma cómo las gallinas se ensañan con los cuajarones negros de mi sangre, aún calientes, picoteándolos con voracidad. Las gallinas del corral, por lo demás tan mansas, con las que hasta esta mañana compartía el mismo muladar. Auténticos buitres, Luciferes disfrazados, vampiros domésticos. A estas alturas, ya debería darme igual. Me he echado (no, yo no, mi cuerpo, tengo que acostumbrarme) en la nieve sucia, junto a la pocilga, y la blancura se empapa de mi sangre. Se conoce que una muerte también puede ser hermosa. El cuchillo sigue clavado en mi garganta casi hasta el mango, temen que me levante. De hecho, uno de los matarifes está contando que el año pasado ya tenían al cerdo tumbado, igual que ahora, y, como el que debía clavarle el cuchillo era tonto del culo y no dio con el punto exacto de la garganta, el cochino pegó un brinco y salió como alma que lleva el diablo, se puso a correr desbocado por la parcela, derribó a los matarifes, levantó el pequeño chiquero a cuestas, destrozándolo todo a su paso, corriendo a muerte sin que nada pudiera pararlo. Cuando un cochino corre a muerte, no hay quien lo pare, afirma uno de los ayudantes. En medio de toda la barahúnda, el dueño logró agarrar el bieldo y clavárselo en la nuca. Y corría aquel cerdo, corría, y era espantoso con aquel bieldo clavado encima, parecía un dragón.

Aquí todos miran hacia mí, mejor dicho, hacia mi cuerpo, que no parece dispuesto a repetir la historia que acaban de contar. En este momento interviene el hombre que me ha estado engordando durante todo el año, primero le entrega la jarra de vino al maestro matarife y luego deja que rule de mano en mano, cada vez más manchada de sangre. Algarabía, bromas, historias…

Nunca creí que una muerte pudiera causar tanto gozo. Ahora me cortarán las orejas y las chamuscarán en la brasa: «Este es el primero y más exquisito de los manjares». Entonces gruñirán los quemadores de gasolina y mi piel se volverá negra, como el gran perol de los que me engordaron durante todo el año. Después me lavarán con nieve, me taparán con sacos para que me cueza un poco, me rasparán el pelo con un cuchillo grande, volverán a lavarme y me frotarán con vinagre y

sal (si mi alma no estuviera aquí en el ciruelo, sin duda me escocería mucho), tras lo cual cortarán mi piel en finas tiras y se pondrán a masticarlas ruidosamente. Conozco todo esto como si hubiera ocurrido miles de veces, lo siento…, no sé cómo decirlo, como si lo llevara en la sangre, y eso que un alma no tiene sangre. Nos han degollado durante tantos inviernos que todo este horror y toda esta sangre no pueden haberse evaporado así, sin más. Estas cosas quedan escritas en alguna parte.

Uy, casi me sobresalta una corneja que se ha posado aquí en el ciruelo, sin duda tras olisquear mi sangre derramada allí abajo, los cuajarones fríos y arrebujados en la nieve. Se me ha ocurrido que bien podría picotearme a mí, aquí agazapada, una diminuta alma de cerdo. Me la he imaginado: una corneja con alma cochina. En realidad, me alegro de que se me hayan concedido estas pocas horas de más en la tierra. Puedo contemplar tranquilamente, a escasos rabos de cerdo de mi cuerpo, cómo el matarife me…, en realidad, cómo lo va cortando poco a poco. Dios mío, tengo unas asaduras realmente espectaculares. Qué pulmones, qué pajarilla, por no hablar de mis intestinos, tan delgados, enroscados en serpentinas… Nunca había sospechado el bellezón que se ocultaba en mi interior. Estoy segura de que el hombre que me va despedazando también está contento. Por cierto, ¿es aceptable que un alma se quede encandilada con semejante descomposición? En fin, solo llevo unas pocas horas siendo alma. Para un alma tan joven, todo es demasiado vago y curioso. Sí, sencillamente curioso. Me extraña no sentir ninguna rabia hacia los que, allí abajo, van disponiendo de mis entrañas. Ellos simplemente liberaron mi alma… a través de aquel agujerito en el garguero. No sé si lo que hacen está bien o mal. Un alma, y además cochina, está sin duda por encima de semejantes cuestiones. Incluso me dan un poco de pena. Sé que tienen un Infierno, creo que lo llaman así, por el que pasan todos los que han cometido pecados aquí en la tierra. Y la matanza de un cerdo es sin duda un pecado. Aunque sea otro quien lo decida.

Supongo que la estancia en el Infierno es temporal, un proceso de purificación para que expulsen sus pecados humanos y salgan de allí inocentes como lechoncitos recién nacidos. Quizá lo que hicieron en la tierra les ocurra a ellos en el Infierno. Probablemente mi matarife será degollado. Le cortarán las orejas, las asarán a la brasa, lo chamuscarán, lo cortarán en trozos y ya está. No sé si sus asaduras serán tan bonitas. No es tan terrible, solo duele el primer cuchillazo. De todos modos, me dan pena. Debe de ser más doloroso para ellos. Los he oído contar una historia junto al chiquero (no entiendo por qué creen que los cerdos no oyen nada, y eso que nuestras orejas son varias veces más grandes que las suyas). La historia contaba cómo el

primero de su especie se comió una manzana por error, algo que no debería haber comido bajo ningún concepto. A su alrededor había de todo, era un auténtico paraíso, pero ese tipo cogió y se comió justo esa manzana. Una estupidez que un cerdo jamás habría cometido. Y ahí comenzaron las desgracias para toda su especie. A partir de una manzana. Una historia muy insulsa, en mi opinión. Y bastante inverosímil, a juzgar por los montones de manzanas, ciertamente podridas, que yo sola he devorado durante toda mi despreocupada vida de cerdo. Tal vez desde entonces el paraíso está reservado a los animales. Solo a los animales. De lo contrario habría demasiadas matanzas y demasiada sangre.

Me siento tan liviana… Si me suelto del ciruelo, probablemente salga volando.

LA PESADILLA DE UNA DAMA

Se sacrificaba cada día.
Si había pollo, tomaba el muslo…

VIRGINIA WOOLF, «Profesiones para mujeres»[10]

Viste una bata de boatiné con rosas semimarchitas. La bata de boatiné (del francés ouatiné, tejido acolchado con guata generalmente pespunteado), que ya no tiene nada de francés, está desgastada pero limpia, a pesar de algunas manchas indelebles de salsa. Pero las rosas siguen marchitándose, de vez en cuando se desprende un pétalo seco y cae suavemente al suelo de la cocina. La cocina (del latín coquina, lugar de la casa donde se guisa la comida) es en realidad un pequeño cuarto recargado en exceso, con un fregadero esmaltado, una estufa con un solo fogón útil y un pequeño televisor ruso Yunost sobre la nevera. El televisor es en blanco y negro (o quizá es solo que ella no sueña en color) y en ese momento emite una película de divulgación científica sobre la población de moluscos en nuestro país, de la que aprende que el caracol romano es hermafrodita, con una glándula sexual que funciona a la vez como masculina y femenina, que la copulación tiene lugar en primavera y dura mucho tiempo, horas, durante las cuales los dos individuos intercambian espermatozoides, y luego cada uno se retira a poner sus huevos y cuidar de sus pequeños caracolitos. En otras circunstancias, habría apuntado enseguida aquel curioso dato (podría utilizarlo en alguna parte de su tesis doctoral como argumento efectista), pero de momento le espera otra grata tarea, y es el ragú de cordero. El ragú (del francés ragoût) es un delicioso guiso de carne, hortalizas, aceite y especias. Por costumbre, consulta la palabra en un ajado diccionario de palabras extranjeras. Como si con ello el ragú le fuese a gustar más. Le complace constatar que ragú y gusto tienen la misma raíz, y sabe que no es ninguna casualidad. Mientras tanto, las rosas de la bata de boatiné siguen cayendo, y a esas alturas cubren casi toda la alfombra, fabricada también hace mucho y con un estampado de escarabajos negros de la especie ciervo volador (Lucanus cervus), ligeramente estilizados y ya

descoloridos. Ahora va a cortar en trozos una paletilla de cordero de tamaño mediano y dorarla en media taza de aceite. Taza de aceite, repite en voz alta. Después, en el mismo aceite rehogará dos cebollas picadas muy fino. Y shat-plath, como en aquel poema de Sylvia Plath en el que (¿quizá por torpeza?) el pulgar se va junto con la cebolla. Bieeeen. Ahora lo coloreamos todo con una cucharadita de pimentón, volvemos a meter la carne y añadimos los pimientos cortados en juliana, las patatas en rodajas y la ocra entera. La ocra (de la lengua twi, nkruman), llamada también bamye (del turco, bamya), planta hortícola anual con frutos en vaina, es indispensable para todo tipo de guisos y estofados.

Y ahora viene la auténtica pesadilla. Hasta el momento, todo han sido meros preparativos. Mientras el ragú se cocina en el fuego, sucede lo irreparable. No es una culebra que brota del grifo de repente. Tampoco los escarabajos que pululan por la alfombra para apuñalarla en el útero con sus cornamentas. O tal vez Seyla Benhabib y Hélène Cixous irrumpen juntas en la cocina, vuelcan la cazuela con el ragú borbollando a fuego lento, sacan la paletilla y hacen añicos toda la cocina. Y mientras tanto, la propia Plath aparece en la pantalla en blanco y negro del Yunost; su pulgar sigue sangrando, y el televisor se tiñe de colores.

No. Nada de esto sucede. El sueño es aún más aterrador. El ragú sigue borboteando, en breve tendrá que retirarlo del fuego y cortar el perejil, el grifo gotea como de costumbre, los créditos finales de la serie de divulgación científica recorren la pantalla del televisor. Y en ese instante se sienta en el pequeño canapé de la cocina, coge al vuelo un pétalo de rosa mientras este se desprende de su bata de boatiné, y con pavor descubre que toda la escena, con la pequeña cocina recargada y el ragú de cordero, en realidad le está gustando.

Y se despierta al instante.

EL TERCERO

Hacía un mes que vivía con la sensación de que alguien o algo la observaba constantemente.

Al principio no le dijo nada a R Sabía que la fulminaría con la mirada mientras se encendía un cigarrillo, dejaría que la cerilla se consumiera hasta quemarse los dedos (siempre usaba cerillas y siempre se quemaba los dedos), diría «Disparates» y dejaría escapar una larga bocanada de humo, algo como tres signos de exclamación que puntuaran la rotundidad de su juicio.

Pero la sensación iba en aumento, pensó que había perdido la cabeza, que se había vuelto paranoica. Se vio haciendo cosas extrañas. Se sentaba en un rincón, con la espalda apoyada contra la pared, fijaba la mirada en un punto, permanecía así unos minutos y, de repente, giraba la cabeza hacia un lado con la secreta esperanza —y con el gran temor— de atrapar a esa cosa que la observaba. Se decía a sí misma que si lograba verla, capturar su mirada, esa cosa quedaría aniquilada, se disolvería, se desmaterializaría. Recordó que de niña tenía miedo de lo que pudiera haber debajo de la cama. Tengo miedo de debajo de la cama, decía, y su padre se agachaba para demostrarle que no había nada, solo algunas pelusas y telarañas. Pero ella nunca se sentaba en la cama como los demás, con las piernas colgando.

P. se ausentó de casa unos días y ella perdió por completo la cabeza. Dejaba todas las luces encendidas y, cuando volvía por la noche, revisaba cada habitación con mucha cautela. Temía que, si abría la puerta muy bruscamente, la cosa no lograría esconderse y la puerta chocaría contra su nauseabundo cuerpo. Ya no quería encontrárselo cara a cara y desmaterializarlo. El miedo y el asco habían ganado.

Estaba convencida de que la cosa tenía cuerpo. Pálido, viscoso, lleno de un líquido turbio. Como clara de huevo, como el blanco de un ojo ciego. Un ojo ciego de estatura humana. Empezó a soñar con él, se despertaba y no se atrevía a abrir los ojos, estaba convencida de que lo vería inclinado sobre ella.

Y algo más que al principio le pareció extraño. Poco a poco, el ojo adquiría sexo. Era masculino. No exactamente un ojo de hombre, sino

un ojo masculino, un ojo-hombre. No podía esconderse de él en ningún sitio. Se encerraba en el baño durante mucho rato. Por primera vez notó que el ojo de la cerradura no estaba tapado, le pareció que en una fracción de segundo una pupila se apartaba de allí tras captar su mirada. Rellenó la cerradura con algodón. El ojo estaba dentro.

Cuando P. volvió, decidió contárselo. Habían transcurrido justo cuatro semanas desde que aquella cosa empezó a observarla. Se lo dijo como si nada, después de la cena.

—Desde hace un tiempo tengo la sensación de que alguien nos observa constantemente —dijo, resaltando un poco ese nos. Un pequeño ardid que a P. no se le escapó.

—No he notado que nadie me observara. —Dedo quemado con la cerilla, larga bocanada de humo—. Te habrás dado cuenta de que vivimos en un piso catorce junto al aeropuerto y que no hay ningún edificio de más de cinco plantas en tres kilómetros a la redonda. Medidas de seguridad —añadió—. Por lo tanto, según las leyes de la óptica, ningunos prismáticos permitirían a un vecino voyeur observar tu dormitorio desde abajo. —Se veía que P. estaba cogiendo carrerilla —. Bueno, en realidad sí sería posible con espejos adicionales, en ángulo recto. El principio del periscopio. Lo habrás visto en películas de submarinos. Claro que tampoco deberíamos subestimar a algunos de los pilotos que despegan por aquí. Si lograran mantener derecho el avión mientras pasan por delante de nuestras ventanas, podrían echar un vistazo…

—Tengo la sensación de que en el piso hay un tercer… ser humano. —Dudó entre hombre y ojo.

Aquello cambiaba las cosas. P. había dedicado todo su ingenio a derribar cualquier noción de un enemigo externo, pero la versión del voyeur dentro del piso sí que lo pilló por sorpresa.

—¿Intenta hacerte algo? —lo dijo solo para ocultar su turbación ante la idea de que se estuviera volviendo loca.

—No, solo me observa. Todo el tiempo. Creo que a ti también te observa a veces. No creerás que me estoy volviendo loca, ¿verdad?

—Tonterías. —Otro dedo quemado, esta vez una cortísima bocanada de humo—. ¿Y ahora está aquí?

—Sí.

Una pausa demasiado larga. Se oía a un perro ladrar unos pisos más abajo. A ella se le ocurrió que, si hubieran adoptado un perro o un gato, esa cosa no habría aparecido. Sobre todo un gato. Los gatos perciben esas cosas.

—¿Por qué no adoptamos un gato? —Lo soltó sin más, para romper el silencio.

P. tenía una opinión particular sobre los gatos. Alguien le había

metido en la cabeza que las mujeres que vivían con un gato tenían problemas para quedarse embarazadas. Incluso los hombres más listos se tragaban esos cuentos. Sobre todo, después de un año y medio intentando tener un hijo. Lo habían hablado muchas veces.

—Ya hemos hablado de esto.

Esa noche fue un chasco total en la cama. La cosa nunca había estado tan cerca de ellos, la percibía como si estuviera allí mismo. Observándolos.

—No puedo —dijo ella—. Nos observa.

P. se levantó, encendió un pitillo y se sentó frente a ella.

—¿Lo puedes ver?

—No.

—¿Te lo imaginas como un hombre?

—No…, sí, más bien un hombre. Pero no es lo que piensas. Algo como un ojo, un embrión gelatinoso, cómo te digo…

—¿Sigue en el cuarto?

—No quiere hacernos nada malo. Solo nos observa. Sencillamente está ahí. Pero me asusta. No sé, me da la sensación de que…

Pasan veinte minutos largos. P. se ha quedado dormido en el sofá.

—¡P.!

Silencio.

—¡P., despierta, P.!

—¿Y ahora qué?

—P., creo que está dentro de mí, ha conseguido meterse dentro.

—¿Quién?

—El ojo…, esa cosa…, la cosa viscosa. Ahora es diminuto. Como un pulgar. Como un pequeño ojo normal. Qué cosita.

HAPPY END PARA LOS LECTORES MENOS PERSPICACES

Ya lo habéis averiguado, a que sí. Ella lo ha averiguado. Se duerme feliz.

P. se pasa toda la noche fumando. Él no lo ha averiguado. La piel de sus dedos pulgar, índice y corazón se le ha llenado de ampollas por culpa de las cerillas.

¡Un niño, P., un niño! Desde hace un mes.

PEONÍAS Y NOMEOLVIDES

Se conocían solo desde hacía unas horas. Él rondaba los treintaipocos, ella los veintimuchos. Él tenía que entregarle un paquete para un conocido al otro lado del océano. Ella solo era la intermediaria. Un asunto de cinco minutos y, sin embargo, ya llevaban dos de las tres horas que faltaban para su vuelo sin poder encontrar ninguna razón de peso para separarse. Ahora, sesenta minutos exactos antes del despegue, estaban en un rincón de la cafetería de la sala de embarque, tomando su tercer café sin decir una palabra. Habían agotado todos los temas que podían mantener viva una conversación entre dos desconocidos. Y el silencio empezaba a volverse indecoroso. La mesita entre ellos estaba abarrotada de vasos de plástico vacíos que habían adoptado formas de lo más inesperadas de tanto dar vueltas en sus manos. Los palillos para remover el café hacía mucho que estaban desmenuzados en los trozos más pequeños posibles, los sobrecitos de azúcar vacíos se habían transformado en conos y barcos en miniatura.

Se le ocurrió que aquella mesa podría ser un buen objeto ready-made o, dicho de otro modo, una instalación que titularía «Apología de la ansiedad» (vasos de café de plástico, palillos, sobrecitos de azúcar vacíos, una pequeña mesa blanca). Luego le pareció una estupidez y decidió callarse.

—Lo que callamos se convierte en palillos rotos y vasos aplastados —señaló ella de repente.

Pensó que nunca conocería a otra mujer como ella, capaz de leer sus pensamientos y con la que le gustaría pasar el resto de su vida en esa cafetería. Se sobresaltó al darse cuenta de que había utilizado, aunque solo fuera en su mente, una frase como «el resto de su vida».

—Vamos a charlar —dijo ella, y eso que habían estado dos horas hablando sin parar.

La hora que quedaba era demasiado poco tiempo para malgastarlo andándose por las ramas o haciendo barquitos. Y, puesto que él no empezaba, ella solo dijo:

—Debemos aceptar que, a veces, las personas sencillamente no llegan a encontrarse.

—Lo irónico es que se dan cuenta en el momento en que se

conocen.

—Seguro que de una forma u otra hemos estado a punto de coincidir antes. Hemos vivido tanto tiempo en la misma ciudad… Es imposible que nunca nos hayamos cruzado en algún semáforo.

—Me habría fijado en ti —dijo él.

—¿La quieres? —preguntó ella.

—¿Lo quieres? —preguntó él.

Enseguida admitieron que aquello no importaba y que nadie tenía la culpa.

Más tarde, él no sería capaz de recordar quién de los dos había sido el primero en tener la idea salvadora (según pensó entonces) de inventarse recuerdos comunes, de imaginar toda su vida de antes de conocerse, y la de después. Un tímido intento de vengarse del destino que los había unido sin piedad por un momento, solo para volver a separarlos. Disponían de cincuenta minutos.

—¿Recuerdas —comenzó él—, cuando éramos compañeros de clase y vivíamos en la misma calle? Todas las semanas dejaba a escondidas en tu buzón un anillo hecho con el papel de estaño de los caramelos Lacta.

—Anda —dijo ella—, así que eras tú. Mi padre siempre era el primero en encontrarlos y sospechaba que algún admirador loco del barrio le enviaba anillos de compromiso a mi madre. Y resulta que eran para mí.

—Eran para ti —dijo él.

—¿Y tú —continuó ella— recuerdas el último año en la universidad, cuando nos fuimos los dos solos a aquel monasterio? Era la primera vez que viajábamos juntos. En el hotel no tenían habitaciones libres y nos alojaron en una de las celdas de los monjes. Hacía mucho frío y la cama era muy dura. Yo tenía un poco de miedo. Me persignaba en secreto cada vez que lo hacíamos. Me persigné cinco veces aquella noche.

—Seis —dijo él—. Yo también tenía miedo. ¿Y recuerdas cuando luego viniste a vivir conmigo? Tu madre dijo que te repudiaría como hija en el Boletín Oficial, porque no quería tener nietos ¡legítimos.

—Lo recuerdo —dijo ella—. De todos modos, yo no podía tener hijos.

En ese momento se quedó callada. Él la cogió de la mano por primera vez desde que se conocían. Muy suavemente, para reconfortarla.

—No pasa nada —dijo él—. ¿Y recuerdas cuando me rompí la pierna? Ya tenía cuarenta y ocho, curraba como un loco, y aquel mes encerrado en casa me pareció un auténtico paraíso. Tú también te cogiste vacaciones, llegaste incluso a amenazar con que te romperías

el brazo si no te daban permiso. Y durante todo el mes no asomamos la nariz fuera de casa.

—Y al año siguiente, cuando me detectaron aquel tumor… Habías leído en alguna parte que la risoterapia curaba el cáncer, y durante dos semanas no paraste de contarme chistes para hacerme reír. Todavía hoy me pregunto de dónde los sacabas. Estabas tan asustado, tan tierno. Creo que fue entonces cuando el pelo se te volvió completamente blanco. Y todos los días me traías peonías y nomeolvides.

—Gracias a Dios, te recuperaste. Qué habría hecho yo sin ti.

En ese momento invitaron a todos los pasajeros con destino a Nueva York a dirigirse a la puerta de embarque. Permanecieron en silencio durante no más de un minuto. Entonces ella se levantó y dijo que tenía que marcharse. Él le cogió la maleta y echaron a andar. Antes de pasar por el control de pasaportes, ella se dio la vuelta y le dio un beso muy largo. Como si fuera la última vez, pensó él, y eso que nunca había habido una primera.

Media hora después, se dio la vuelta y se marchó. Se sentía terriblemente envejecido, apenas podía mover las piernas. Cerró los ojos a propósito al pasar por la puerta de espejo de la salida; no quería ver súbitamente en el reflejo su pelo encanecido y sus hombros caídos, los hombros de un anciano. A cada paso comprendía con más claridad que no podría volver a casa con su mujer, de una juventud inalcanzable. Y que nunca podría contarle lo que había hecho durante los cincuenta años que había estado fuera.

VAYSHA LA CIEGA

(UNA HISTORIA INCONCLUSA)

Con el ojo izquierdo solo veía hacia atrás, hacia el pasado, y con el derecho, únicamente lo que iba a ocurrir en el futuro. Y, aunque tenía los ojos abiertos, como todos los videntes, era como si Vaysha estuviera ciega. Vaysha la Ciega, así la llamaban todos. Rara vez salía de casa, en el jardín caminaba con los brazos extendidos, chocaba contra el cerezo, se arañaba con las zarzamoras y tiraba al suelo los cántaros bajo el cobertizo. El cerezo, las zarzamoras y los cántaros no existían para ella, como tampoco existía el día presente. Para su ojo izquierdo aún no habían emergido de la tierra, para el derecho ya se habían secado o convertido de nuevo en polvo.

Cuando Vaysha era todavía una niña, su madre fue la primera en percatarse de su extraña ceguera. Mas cómo iba a saber que para el ojo izquierdo de Vaysha la mujer inclinada sobre ella era una niña dando sus primeros pasos, y para el derecho, una anciana fea y encorvada.

Cuando Vaysha aprendió a hablar y se puso a explicar de forma incoherente lo que veía, decidieron que sus ojos habían sido dañados con magia negra. Una larga ristra de curanderas, que escupían por encima del hombro, se tiraban de la oreja y chasqueaban la lengua, desfiló por su casa.

Le darás de beber semillas de peonías todos los días antes del amanecer, durante cuarenta días…

Vas a chamuscar la bilis de un halcón y se la vas a poner en el ojo, todavía calentita…

De una gallina negra, pelas la molleja, solo la piel, la telita, y se la pegas en los ojos…

Solo una de las ancianas permanecía al margen, meneaba su cabeza de tortuga y no abría la boca. Al final, cuando se levantó para marcharse tras todas las demás, dijo en voz baja que nada de eso serviría hasta que se encontrara algo capaz de arrobarle la vista, yuntar sus ojos y traerla de vuelta a este mundo.

Vaysha creció y creció, se convirtió en una hermosa joven. Y el que su ojo izquierdo fuese marrón y el derecho verde no hacía sino realzar su belleza.

Cierto día, un joven vino a pedir su mano, se paró frente a Vaysha, ella lo miró y vio lo siguiente:

OJO IZQUIERDO:

Dios mío, no vendrá ese mocoso a pedirme la mano, pobrecillo, tiene la camisa por fuera, las rodillas raspadas, yo podría ser su madre, y van y lo mandan a pedirme matrimonio, se burlan de mí, ay. Dios…

OJO DERECHO:

Le tiemblan las manos, tiene el pelo blanco, qué pecado, Dios mío, ya huele a tierra, le ha llegado la hora para el gran viaje y quiere buscar esposa, cómo podría acostarme junto a él, con qué ojos podría mirarlo, ay. Dios…

Y así se repetía la historia con todo aquel que iba a cortejarla. No encontraron a nadie capaz de arrobarle la vista y yuntar sus ojos.

Pasaron los años, la bella Vaysha seguía viviendo con un ojo puesto en el pasado y el otro en los días venideros. A veces, los límites de su visión se contraían tanto que parecían a punto de confluir en el presente. Pero, mientras que para el ojo derecho el sol acababa de salir, para el izquierdo la luna todavía brillaba en el firmamento. Otras veces, no obstante, la distancia entre pasado y futuro se ensanchaba vertiginosamente, y Vaysha explicaba en susurros que, según su ojo izquierdo, la tierra aún estaba desierta e inacabada, las tinieblas cubrían el abismo, y algo (no tenía la palabra para nombrarlo) flotaba sobre el agua. Y, al mismo tiempo, aparecía ante su ojo derecho una ciudad cuadrada, pues medía lo mismo de ancho que de largo, cuya muralla estaba adornada con toda clase de piedras preciosas: el primer cimiento era de jaspe, el segundo de zafiro, el tercero de calcedonia, el cuarto de esmeralda, el quinto de sardónica…

Y por las noches, cuando Vaysha se iba a la cama, sus ojos seguían sin encontrar reposo. Sus sueños se bifurcaban como la lengua de una serpiente y, mientras ella perseguía mariposas en el sueño del uno, entre peonías tan altas como ella, en el sueño del otro las peonías ya estaban arrancadas y cubrían su cuerpo tieso, y otras mariposas revoloteaban sobre su rostro.

Vaysha se hartó de vivir así. Una vez pensó en arrancarse un ojo, sacárselo con los dedos. Ya, pero cuál. Si se sacaba el izquierdo, se condenaría a vivir en el porvenir, y no era nada prometedor. Además,

con quién viviría en el futuro, a quién conocería. En ese caso, se sacaría el derecho. Los días pasados son siempre más acogedores, más seguros. Pero cómo iba a soportar la imagen de su madre y de su padre como dos mocosos, cómo los llamaría, cómo viviría con ellos. No había salvación para Vaysha, ni en el pasado ni en el futuro.

Esta historia no tiene final. Porque no se ha encontrado nada en este mundo capaz de unir los ojos de Vaysha, nada que sea igual tanto para su ojo izquierdo como para el derecho.

Tú también, lector, si, al cerrar el ojo derecho y leer esta historia solo con el izquierdo, no ves ni letras ni historia, sino solo la página en blanco previa a la historia, o no ves página alguna, sino solo el árbol del que está hecha, ay de ti.

Pero si, al cerrar el ojo izquierdo y leerlo todo con el derecho, sigues sin ver letras porque ya se han difuminado y el papel se ha convertido en polvo y ceniza blanca, ay de mí. O bien estás leyendo con los ojos de Vaysha la Ciega, o esta historia es tan perecedera como este trozo de papel y este mundo marchito.

ALMA VIVIENTE

El peral más dulce crecía en la tumba de Austru. Lo había descubierto el Viejo, y una vez superado el gran calor, cuando agosto entraba en su segunda mitad, justo después de la Asunción, ya no podía estarse quieto. Agarraba su morral, una botella de rakia, algo de aceite para el candil, unas cerillas, y partía hacia al cementerio. Era el último que quedaba vivo en el pueblo, pero no se quejaba; de todos modos, tampoco tenía a quién. El siguiente pueblo no estaba lejos, allí había unos treinta y cinco o treinta y seis hogares aún vivos y una taberna que el Viejo frecuentaba con asiduidad. Ahora yo soy el alcalde, yo soy el guardabosques, yo soy el pueblo, murmuraba el Viejo para sí mismo; si estiro la pata, el pueblo entero se va al cuerno.

Su casa estaba justo en la linde, pegada al cementerio, y como el pueblo entero ya vivía allí, durante las noches ancianas e insomnes, él a menudo repasaba en su mente todas las tumbas. Intentaba evocar los rostros de los difuntos, repetía sus nombres, recordaba exactamente qué cruz se había torcido y cómo, cuál de ellas se había roto y ennegrecido por las lluvias. Así se pasaba las noches, contando tumbas en vez de ovejas, antes de caer en un sueño fugaz.

Pero hoy era el día del peral de Austru y, tras coger el morralito con la rakia y las cerillas, preparado desde la víspera, empujó a la vieja cabra delante de sí y entró en el cementerio. Este hacía tiempo que se había convertido en un jardín botánico asilvestrado. Antaño, cuando los vivos enterraban a sus muertos, solían plantar algún arbusto de boj y tulipanes, o árboles frutales. Algunos habían agarrado y se habían convertido en grandes nogales, manzanos, ciruelos, guindos y perales. También había dos higueras, un granado y hasta un laurel. Toda esta botánica le daba a la muerte un aire afrutado, aceptable y terrenal. Como si, a dos metros bajo tierra, el pueblo siguiera con sus quehaceres cotidianos, cuidando de su pequeña parcela: y ese trabajo estaba dando sus frutos. El Viejo creía en ello. Pero sentía un cariño especial por el árbol de Austru. Todos los años daba grandes peras amarillas, jugosas y sanas, que se derretían en la boca y no eran tan ásperas como las otras.

—Eh, Austru, vuelves a tener una buena cosecha de peras —dijo al

llegar a la tumba.

Cogió el pequeño candil roto que él mismo había traído años atrás, le quitó las telarañas, sacó el aceite vegetal del morral, llenó el candil, encendió la cerilla y colocó el candil sobre la piedra. Luego abrió la botella con la rakia y vertió un poco sobre la tumba. La tierra, cuarteada por la sequía, sorbió la rakia con avidez. El Viejo vertió unas gotas más.

—Bueno, Austru, tenías sed, ¿eh? —Y bebió un buen trago.

No era casualidad que el mejor de los perales hubiera agarrado justo en aquel sitio. Antes de marcharse, Austru había sido todo un maestro del injerto. Tenía buena mano: palo silvestre que tocaba, palo silvestre que empezaba a dar buenos frutos. Cómo colocaba la púa, qué conjuros recitaba, nadie lo supo nunca; el caso es que los árboles que llevaban años sin producir volvían a florecer y sus ramas se doblaban bajo el peso de la fruta. Se decía que también conocía remedios para las mujeres infértiles, y como era un hombre alto y apuesto, las malas lenguas insinuaban que, a su paso, no solo quedaban injertados los árboles.

El Viejo y Austru habían sido más íntimos que hermanos. Juntos habían pasado sus años mozos, juntos habían hecho el servicio militar y habían tomado como esposas a dos hermanas. Austru se había marchado muy pronto, hacía veinte años ya. Padecía una enfermedad peculiar que nunca se supo lo que era, y él mismo tampoco le hizo mucho caso. Le costaba respirar y resoplaba como una máquina de vapor. Está resoplando como el austru (es decir, como el viento), decían los viejos; de ahí le vino el apodo. Pero Austru, a despecho de ellos, silbaba constantemente para ocultar su difícil respiración, de alguna manera le sacaba provecho al vapor de la máquina y lo convertía en silbido. Así se fue de este mundo, silbando. Lo último que oyeron los suyos, junto a su lecho de muerte, fue un silbido muy débil y lejano, como el de un tren que se evapora en lontananza.

Austru tenía un defecto, aparte de sus resoplidos. Era muy exigente con su mujer y la tenía muy controlada. En aquella época aún no se conocía la palabra «celoso». Cuanto más lo miraban las mujeres de los demás (tampoco es que él se opusiera mucho), más sospechaba que su mujer cometía esos mismos pecados. Y era terriblemente susceptible con ese tema.

Todo eso pasó por la cabeza del Viejo por enésima vez mientras llenaba su morral con las peras de Austru. Entonces se sentó, cansado, a la sombra del peral, ató la cabra a la cruz renegrida, dejó una pera junto al candil, sacó la navaja y cortó un trozo; luego volvió a empinar la botella con la rakia, sin olvidarse de verter antes unas gotas en la tierra.

—Bueno, Austru, qué te cuentas —dijo, solo por iniciar la charla—.

No me das pena, ¿sabes?

Y el Viejo le contó que aquel verano había venido más seco que un escarzo. Tanto calor y tanta aridez eran algo inaudito. También le dijo que todo a su alrededor había quedado agostado, que el país entero estaba achicharrado como una mazorca, y con ese resistidero la cabrita estaba seca y no daba ni una gota de leche. Mientras envidiaba a Austru por dormitar plácidamente a la fresca, algo crujió detrás de la cruz. El viejo dio un respingo, como si hubiera oído la respiración familiar de su amigo. Una pequeña lagartija se deslizó entre las hierbas secas y, durante unos segundos, se miraron a los ojos con curiosidad. El Viejo se rio y se santiguó, y la lagartija desapareció tan fugazmente como había aparecido.

—Escupes sapos y culebras, ¿eh? —dijo el Viejo y vertió unas gotas más en la tierra para apaciguar a Austru. Entonces se quedó en silencio, volvió a levantar la botella y continuó en voz baja, casi susurrando—: Escucha, Austru, he venido a hablarte de un asunto. Podía habértelo dicho antes, pero nunca encontraba el momento. Y ahora ya no me queda otra. Este invierno puede que también me vaya a criar malvas, y este asunto permanecerá oculto para siempre. Y no quiero, porque estaré revolviéndome dentro de la tumba si no te lo cuento. Además, vete a saber a qué rincón del cementerio me van a arrojar. He vivido siempre en la linde del pueblo, y si aquí pasa lo mismo no será muy apropiado gritarnos de un extremo a otro del cementerio por algo así.

»Así que ahora escúchame y calla.

El Viejo dio otro sorbo y solo entonces dijo:

—Siete años después de que te fueras, acogí a tu parienta en mi casa, y vivimos juntos once años. No vayas a ponerte furioso ahora. Habían pasado siete años, ella estaba sola y yo también. No vivimos como marido y mujer, nunca le toqué un pelo. Eh, Austru, ¿me escuchas?

Austru callaba, como si se hubiera quedado sordo. Pero la pequeña llama del candil se puso a titilar con más fuerza.

—No te lo dije antes porque sé lo picajoso que eres. Pero tu parienta era muy buena. Pasamos once años juntos, falleció el verano pasado. Cuando exhalaba el último suspiro, tenía tu nombre en la boca. Cómo, decía, cómo se lo voy a contar ahora. La tienes muy amedrentada a la mujer. Escucha, no la tomarás con ella en el otro mundo, ¿verdad? Si quieres, págala conmigo cuando vaya para allá, yo lo aguanto todo, pero esa mujer es una santa, te lo digo yo.

La cabrita descansaba tranquilamente junto a la lápida, la botella con la rakia ya estaba vacía, se levantó un suave viento y el Viejo, liberado del gran secreto, se durmió plácidamente apoyado en el peral; durmió como no había dormido desde hacía mucho tiempo.

Soñó que estaba muerto. Está muerto, pero parece vivo. Está sentado bajo el peral, rodeado de campos que se extienden hasta donde alcanza la vista, y todo arde con llamas azuladas. A su lado, Austru está silbando y, en efecto, es Austru, pero con ojos de lagartija. Tiene la mirada clavada en un punto y habla. Ves, compadre, los fuegos del infierno, le dice Austru sonriendo con sus ojos descoloridos. Y el fuego está a un paso de ellos, una llama incluso le da un ligero mordisco al Viejo en la oreja.

Abrió los ojos, sobresaltado, y vio el cementerio en llamas. El candil se había volcado, las hierbas secas alrededor ardían invencibles, la cabrita, asustada, tiraba del ronzal. El Viejo se levantó de un brinco, desató la cuerda y ahuyentó a la cabra. Entonces miró a su alrededor con impotencia, no se veía ni un alma viviente. Intentó pisar una pequeña llama que se dirigía hacia él, pero sus chanclos empezaron a echar humo y a oler a goma quemada. Los cardos crepitaban amenazadores y todo el camposanto se entregaba al fuego con evidente placer. Desesperado, el Viejo pensó en correr a su casa a por agua, pero en el tiempo que tardó en llegar, llenar el gran cubo con agua del pozo y arrastrarse a duras penas de vuelta, el fuego ya se había adueñado del cementerio y apuntaba hacia las últimas casas del pueblo. El Viejo dejó caer el cubo al suelo, corrió hacia la valla del cementerio, donde el fuego estaba más débil, y empezó a repetir los nombres de los difuntos: Ivanke, Kale, Tañase, Austru, Dimcho el Pequeño, Dimo el Grande… Los llamaba como en una letanía, como cuando los enumeraba por las noches, antes de quedarse dormido. No sabía por qué lo hacía, si para avisarles de que se levantaran y huyeran, o para animarlos a coger un cubo cada uno y apagar el fuego. No podía concebir que se quemaran mientras estaban allí tumbados, inocentes e indefensos.

Ya nada tenía sentido. Se dejó caer sobre una piedra y miró hacia la aldea. Vio cómo el fuego envolvía primero su casa, trepaba por sus muros torcidos, abrasaba los visillos y el marco de la ventana y se ensañaba con el cuarto. No sentía pena por las casas del pueblo, sentado allí en la piedra repasaba en un rosario interminable los nombres de quienes habían quedado bajo el fuego del camposanto.

Cuando al cabo de un rato atisbaron el fuego desde el pueblo vecino y llegaron los bomberos de la ciudad, ya de noche, solo para describir lo que se había quemado, encontraron a un anciano sentado en una piedra apartada del cementerio, ennegrecido por la ceniza, con las orejas chamuscadas, meneando rítmicamente su cabeza de tortuga y repitiendo:

—Lo has quemado todo, Austru, todo, no queda ni un alma viviente…

FORJANDO EL PENDIENTE BÚLGARO

(UN SUEÑO)

Veo en sueños la gran oreja búlgara. Crece en las estrechas cocinas de los años cincuenta, sesenta, setenta y ochenta, mientras se estira y aguza a altas horas de la noche intentando captar por la radio unas lejanas ondas libres procedentes de Europa. Veo en sueños cómo sigue creciendo: pegada al suelo, sobre las vías del tren, preguntándose si algo va a venir y detenerse aquí. Veo en mi pesadilla cómo el tren pasa de largo y varias cabezas ruedan sobre la grava.

Veo en sueños la desobediente oreja búlgara. Crece a fuerza de un lento pero constante tirón de orejas por parte de un cuerpo inclinado sobre ella que la vigila. Un cuerpo con solo dos dedos: índice y pulgar.

Veo en sueños la obediente oreja búlgara, con un embudo dentro por el que vierten y vierten poco a poco. La oreja búlgara sin fondo. Antaño, una oreja así habría infundido mucho respeto en China. Allí creían que las orejas largas eran un rasgo de sabiduría e inmortalidad. Incluso Lao-Tse, dicen, tenía unas orejas que medían siete pulgadas. Pero Mao no.

La gran oreja búlgara. En 1989 no podía dar crédito a su propio oído en medio de la exultación (que a posterior! se demostró prematura); primero sustituyó los desfiles por mítines, y luego, la mesa cuadrada de la cocina por otra redonda.

La engañada oreja búlgara. Veo en sueños todos los pendientes[11] que acumula, uno tras otro, una pifia tras otra, y ¡qué horror!, aún queda sitio para más. Entonces su oído se harta, empieza a estar hasta las orejas, se pone a zumbar, su tímpano late… Y veo en sueños que se forma un corro de gente. Y todos bailan agarrados por las orejas, oreja con oreja, y cada uno tira todo lo que puede. Un corro de orejas, un corroído búlgaro.

Y todo el mundo ve el pendiente en la oreja ajena y no el grillete en la propia. Olé-oré-ja-orejaja…

Y luego todo se mezcla en el sueño, y mientras baten los tímpanos aparecen ángeles, y a los ángeles se les dan trompetas. Y entonces algunas suenan a Apocalipsis. Y el Apocalipsis brama: «El que tenga

oído, que oiga…». Y nadie comprende que este no es el fin, sino solo el umbral de un cielo nuevo y una tierra nueva. Y nadie desea saber que el más terrible es el apocalipsis fallido, aquel que se repetirá eternamente. Y mientras algunos corren y se esconden, otros se agolpan en el corro.

Entonces en mi sueño vi una cueva y oí una voz: ven a ver dónde se forja el pendiente búlgaro. Y no había nadie en derredor, pero la cueva o el interior de la oreja retumbaban. Y, cuando descendí, vi un martillo gigante y un yunque gigante: el martillo y el yunque del oído. Y el oído estaba forjando el pendiente para su propia oreja. Como en el escudo de Aquiles, en él estaba todo representado: las cocinas, los embudos, los que engañaban y los engañados. También estaban los que se habían dejado arrastrar por el baile, y los que se escondían. Nada habían olvidado la oreja y el oído. Y ningún Krali Marko[12] desmemoriado sería capaz de arrancar ese pendiente.

El gran pendiente búlgaro.

1950-2000

LOS PAÑOS MENORES DE LA HISTORIA

Esta historia empieza y acaba con una colada de lo más trivial. Debió de ser a finales de los años setenta, porque recuerdo que tenía nueve o diez años, y en aquella época vivíamos en una pequeña casa con jardín, en una de las ciudades más pequeñas de Bulgaria, situada a la sombra de la más pequeña de las montañas búlgaras, el monte Sakar. En otra época, la ciudad había sido célebre porque sus habitantes criaban camellos en lugar de burros u otras bestias de tiro, pero el último camello había muerto allá por los años sesenta. Vivíamos en esa pequeña ciudad, junto a la más pequeña de las montañas (pequeña pero montaña al fin y al cabo, decía la gente), en una pequeña casa con un cuarto y un recibidor, un pequeño jardín con una hilera de tomates, dos cerezos cerca de la valla y, entre ellos, unas cuerdas para tender la ropa y un macizo de tulipanes holandeses (el orgullo de mi madre, azules como el añil).

Un día mi padre estaba tendiendo la ropa en el jardín, entre los dos cerezos, cuando vio al vecino bay[13] Kostadín, un tipo mayor, acercarse a la valla. Aunque «tipo» no es una palabra compatible con bay Kostadín. Era un septuagenario respetable, un aristócrata nato, el mejor abogado de nuestra pequeña ciudad. Llevaba un elegante batín legendario y el apodo de «Balzac». El apodo se debía en parte al perfecto conocimiento del francés de bay Kostadín, y al hecho de que había leído las obras completas de Balzac en la lengua original. Lo cual le bastó para entrar ipso facto en el libro local de los récords, y dudo que nadie lo desplazara jamás de allí. ¿Qué sabíamos de Balzac en aquella época? Que era un amante excepcional y que bebía mucho café mientras escribía. O que escribía mucho mientras bebía café. En cualquier caso, lo que se me ha quedado en la cabeza es el número 42. Ya no recuerdo si se trataba de cuarenta y dos novelas o de cuarenta y dos cafés al día, pero de todos modos era una cifra que infundía respeto. Y ese respeto se trasladaba a bay Kostadín. Noten que nadie le llamaba bay Kosta o, más chabacanamente, bay Kotze. No, él siguió siendo hasta el final bay Kostadín, alias Balzac. Llevar batín en aquella época, cuando se veneraba el impermeable, la pelliza y el jersey, era

una cuestión de honor y dignidad, un rasgo de aristocratismo. Todavía hoy lo recuerdo: un largo batín marrón, con un severo ribete gris en las solapas, tres grandes botones de nácar y un cinturón rematado en borlas parecidas a la punta de la cola de un león.

Su batín le hacía sospechoso a los ojos de nuestro vecino de la izquierda: un militsioner que había llegado a suboficial mayor y al que todo el mundo llamaba Félix Edmúndovich (por su propia insistencia), o más brevemente, el Chequista,[14] y, si no estaba delante, el Madero. Era de aquellos miembros de la Milítsiya a los que nunca veías sin uniforme, y mi hermano y yo apostábamos a que tenía también un pijama de uniforme, con galones y un pequeño bolsillo interior para una pistolita de noche. Mi hermano incluso aventuraba que dormía con la gorra del uniforme puesta, porque, cuando por la noche soñaba con un teniente (y con qué otra cosa podía soñar un suboficial mayor), por decreto estaba obligado a hacerle el saludo militar, y un saludo militar sin gorra es todo un desacierto, eso hasta yo lo sabía. Encima de la puerta de su casa tenía escrito en letras rojas: «El chequista ha de tener cabeza fría, corazón caliente y manos limpias», y debajo, «Félix Edmúndovich Dzerzhinski». Una noche de septiembre alguien había añadido una t entre las vocales de «fría», y a partir de entonces Félix Edmúndovich se volvió extremadamente suspicaz con toda la ciudad y, en particular, con sus vecinos. Se rumoreaba que había montado guardia en el jardín todas las noches de aquel otoño y que, hasta que cayó la primera nevada, había dormido a la intemperie, frente a la puerta, porque el libro de texto de criminología decía que el delincuente siempre regresa al lugar del crimen, pero esa es otra historia.

Pues bien, nuestra casa se encontraba en la zona colchón entre la casa de Félix Edmúndovich (a la izquierda) y la de bay Kostadín, alias Balzac (a la derecha). Las tres en medio de una pequeña calle con el sonoro nombre de Serguiyenko. Si de Balzac sabíamos un par de cosillas, hoy día sigo sin tener ni idea de quién era Serguiyenko, y ruego encarecidamente a quien sepa algo de él que se manifieste; me encantaría averiguarlo. Estoy convencido de que ningún nombre es casual, y menos el nombre de la calle donde has crecido, ya sea Serguiyenko, Makarenko o Salsipuedes. Todo es relevante en la pedagogía de la infancia.

Míralo: basta con mencionar el nombre de Balzac para perderse en los detalles.

En fin, un día mi padre estaba tendiendo la ropa en el jardín, entre los dos cerezos, cuando Balzac se acercó a la valla. Se quedó del otro lado, con su respetabilísimo batín, y mi padre se sintió muy violento, palangana en mano, en camiseta interior y con una ristra de pinzas al hombro. Entonces bay Kostadín, tranquilo pero firme, le dijo que era

inaceptable para un hombre apuesto, hecho y derecho como él mostrarse así, con una palangana y unas pinzas de la ropa, a plena luz del día, como una muchachita casadera. Mi padre se sintió muy avergonzado. Y empezó a tender la ropa por las noches. Tenía que encontrar el paso, como fuera, entre la Escila de bay Kostadín y la Caribdis de mi madre.

Me lo imagino, con la linterna entre los dientes, un verdadero espantajo para los gatos, deslizándose de puntillas con el gran barreño de zinc hacia el tendedero pegado a la valla de bay Kostadín. Y quién sabe cuánto tiempo habría continuado aquello, de no ser porque una noche el siempre vigilante Félix Edmúndovich divisó una lucecita sospechosa. Como chequista experimentado, no se abalanzó enseguida sobre ella, sino que se limitó a frotarse las manos limpias y musitar: muy bien, Balzaquito, ahora verás lo que vale un peine. Estaba convencido de que el viejo burgués —así exactamente le llamaba— merodeaba de noche en el jardín para esconder un pequeño ciclostil, o bien algunos revólveres, o incluso aceite de girasol de contrabando; en aquella época había verdadera escasez de aceite (¿esos batines cómo se compran, eh?). La noche siguiente, un grupo de combate formado a toda prisa por cuatro militsioneri (todos los que había en la pequeña ciudad) y comandado por el mismísimo Félix Edmúndovich tomó posiciones alrededor de nuestras casas. Pero durante toda la noche no apareció nadie (mi madre no hacía la colada todos los días) y al amanecer el grupo se disolvió con el mismo aire conspirativo. Lo mismo ocurrió la segunda noche. Para la tercera, nuestro Chequista trajo de Élhovo un verdadero perro de servicio. Hacia medianoche, mi padre salió con la palangana, se acercó sigilosamente al tendedero y, en cuanto encendió la linterna, el perro se puso a ladrar, brillaron los focos y los cuatro militsioneri, con Félix Edmúndovich al mando, rodearon a mi padre.

Visualicen ahora aquel monumental cuadro viviente. El perro con las fauces abiertas tirando de la correa. Las cuatro siluetas de los militsioneri apuntándole con los focos. Unos pasos al frente, la figura de Félix Edmúndovich ligeramente inclinada hacia delante, con una pistola en una mano y el otro brazo echado hacia atrás de forma antinatural, como alguien que pretende lanzar una granada y que en ese mismo instante es acribillado por una metralleta. Y, por último, mi padre, al que se le ha caído la palangana, en paños menores y con la cartuchera de pinzas atravesada al hombro. Podría pasearme tranquilamente entre esas figuras y pincharlas con el dedo. Se iluminaron las ventanas de las casas vecinas; mi madre, mi hermano y yo saltamos al umbral. Un segundo o dos, luego las figuras cobraron vida y el cuadro se desmoronó, Félix balbuceó algo parecido a una disculpa, mi padre corrió a casa dejándose la palangana y, por primera

vez, cerramos con llave la puerta principal.

Después de aquella noche, mi padre se armó de valor y le dijo a mi madre que ya no pensaba tender la ropa, y durante tres días no puso un pie fuera. Félix Edmúndovich se ganó al instante varios apodos nuevos. En cuanto a bay Kostadín, no paraba de menear la cabeza y repetir: «Comedia humana, comedia humana…».

Esto es todo. Podría ser acaso diferente esta historia, dado que ocurre a finales de los años setenta en una pequeña ciudad, al lado de una pequeña montaña (la más pequeña de todas), en una pequeña calle con el rimbombante nombre de Serguiyenko, en la tierra de nadie entre Félix Edmúndovich (a la izquierda) y Balzac (a la derecha). Solo en esos lugares y en esos momentos, entre el uniforme de la Milítsiya y el batín burgués, podemos vislumbrar por un instante el verdadero rostro de la historia. Y no ya su rostro, sino sus paños menores. Qué más podemos pedir.

ÚLTIMA HISTORIA SOBRE LOS AÑOS NOVENTA

A un hombre le sorprendió la noche en la taberna del pueblo vecino con amigos locales de la misma quinta, que habían hecho la mili juntos en no sé qué regimiento. Entre que fueron evocando a todos y cada uno, por nombre y apellido, y regando los recuerdos con alcohol (hay que ver, ¡nos tenemos olvidados!), dieron las doce y todos se levantaron para marcharse. El hombre se negó a pernoctar en aquel pueblo —¡que no estoy borracho!— y emprendió el camino de vuelta. Eran las postrimerías del otoño, azotaba aquella llovizna fina que cae sin parar bajo la pluma de Radíchkov.[15] Tanto mejor, cuando llegue a casa ya estaré más fresco que una lechuga, se dijo el hombre. Caminó y caminó, hizo ladrar a un montón de perros hasta que salió del pueblo, y de repente se vio aplastado por un cansancio tan descomunal que solo pudo salirse del camino y, antes de tocar el suelo, ya estaba durmiendo como un tronco. Al amanecer, un aullido cercenó el sueño de nuestro hombre. Se levantó de un brinco, miró a su alrededor y se dio cuenta de que había pasado la noche en el cementerio de aquel pueblo. En cuanto al aullido, provenía de una docena de ancianas, todas de negro, que se acercaban cada vez más. Era Sábado de Difuntos, ese gran día de noviembre, lo que explicaba la llegada de las ancianas. Pero el tipo era espabilado, enseguida pegó la frente contra la tumba donde acababa de despertarse y empezó a sollozar de viva voz. Las ancianas, sorprendidas por un plañidero tan madrugador y desconocido, lo rodearon como cornejas y empezaron a picotearlo por aquí y por allá: ¿de quién eres y qué se te ha perdido aquí?… He venido a la tumba de mi abuelo, respondió entre lágrimas. Pero ¿de dónde eres, decías? No soltaban el hueso las viejas. De tal pueblo, dijo nuestro hombre, traicionándose. Pero si este no es vuestro cementerio, graznó aquel mujerío.

Y fue entonces cuando el hombre dijo aquello por lo que la presente historia se merece el papel y el tiempo. Aaahh, exclamó con la boca abierta por el estupor infinito, ya decía yo que por qué estoy llorando si tampoco me da tanta pena.

GAUSTÍN

Así es como prefiero presentarlo. La primera vez que lo vi fue en uno de esos típicos seminarios junto al mar de principios de septiembre (la época más propicia para un seminario). Caía la noche y estábamos sentados en un chiringuito de la playa, todos sin excepción escritores en ciernes, solteros y sin haber publicado aún un primer libro, en la agradable edad entre los veinte y los veinticinco años. El camarero apenas lograba tomar nota de todas las rakias, ensaladas mixtas, ensaladillas de yogur y pepinos y cócteles de mariscos. Cuando se acabaron los pedidos y el camarero preguntó, antes de retirarse, si faltaba algo más, Gaustín abrió la boca por primera vez; al parecer, aún no había logrado pedir nada.

—¡Una cápsula de crema, por favor!

Lo pronunció con la seguridad de quien pide, como mínimo, un pato a la naranja o un curaçao azul. En el largo silencio que sobrevino solo se oyó la brisa marina haciendo rodar una botella de plástico vacía.

—¿Perdón? —acertó a decir el camarero, solo por decir algo, temiendo que se tratara de una gamberrada.

—Una cápsula de crema, si es tan amable —repitió Gaustín con el mismo orgullo contenido.

—Un café con…

—No, no, solo la crema.

El camarero esbozó una mueca como de «en fin, hay gente para todo» y se marchó. Nosotros estábamos igual de perplejos, pero pronto la charla alrededor de la mesa se fue reavivando hasta alcanzar la misma bulla que antes. Al poco, los platos y las copas cubrieron el mantel. Lo último que trajo el camarero fue un platito de porcelana con filo dorado. En medio del platito se erguía con elegancia, según me pareció, la cápsula de crema de leche para Gaustín. Entonces alguien dijo «Salud» y, en medio del tintineo de vasos baratos, vi a Gaustín coger con dos dedos la cápsula, abrirla con cuidado hasta la mitad, alzarla ligeramente al frente con un gesto con el que saludaba a la compañía al tiempo que se disculpaba por la imposibilidad de participar en el brindis, y beber un sorbo microscópico. Bebía tan poco

y tan despacio que la cápsula le duró toda la noche.

Se preguntarán por qué empiezo con esta historia, que puede parecer demasiado insustancial y fortuita. Estoy seguro de que casi todos los allí presentes interpretaron la comanda de Gaustín (si es que la interpretaron de algún modo) como un capricho, un intento de parecer original. Empiezo con esta historia porque ese fue mi primer encuentro con Gaustín, y yo soy un hombre al que le encantan la cronología y los inicios. Mi modesta experiencia me ha enseñado que de un primer encuentro siempre obtenemos más información de la que nos pueda parecer.

Al día siguiente intenté acercarme a él, y en lo que quedaba de semana abandonamos por completo el seminario para entregarnos a los paseos y la natación. Ninguno de los dos era muy parlanchín, así que disfrutamos de momentos maravillosos en un mutuo silencio. Aun así, supe que vivía solo, que su padre había fallecido hacía mucho y su madre había emigrado ilegalmente por tercera vez —él guardaba la sincera esperanza de que esa fuese la buena — el mes pasado, a California. Según sus planes, en esos días precisos debía estar cruzando la frontera mexicana.

Supe asimismo que a veces escribía cuentos de finales del siglo pasado, esas fueron sus palabras exactas, y apenas pude contener mi curiosidad y fingir que aquello era algo de lo más normal. El pasado le intrigaba sobremanera. Recorría viejas casas abandonadas, rebuscaba entre las ruinas, ordenaba desvanes, baúles, y coleccionaba todo tipo de antiguallas. De tanto en tanto lograba vender algo a un anticuario o a conocidos, y así se mantenía. Pensé que su modesto pedido de la otra noche no daba pie a confiar demasiado en semejante oficio. Así que, cuando mencionó de pasada que en ese momento disponía de tres paquetes de cigarrillos Thomassian de 1937, desempolvados, calidad double extra, me ofrecí enseguida, como fumador empedernido que era, a comprarle los tres. ¿De verdad?, dijo. Siempre he soñado con probar unos Thomassian tan añejos, respondí, y él se lanzó a escape hacia su búngalo. Me observó con sumo deleite encender descuidadamente mi cigarrillo con unas auténticas cerillas alemanas de 1928 (obsequio suyo para acompañar los cigarrillos), y me preguntó qué tal sabía 1937. Áspero, le respondí. Los cigarrillos eran, en efecto, fuertes, no tenían filtro y soltaban un humazo infernal. Debe de ser por los bombardeos sobre Guernica de aquel mismo año, dijo Gaustín en voz baja. O quizás por el Hindenburg, el mayor zepelín del mundo, fue entonces cuando explotó, el 6 de mayo creo, a unos cien metros de altura, justo antes de aterrizar, con noventa y siete personas a bordo. Recuerdo que todos los periodistas radiofónicos lloraron en directo. Semejantes acontecimientos se depositan sin duda en las hojas de tabaco…

Casi me ahogo. Apagué el cigarrillo sin decir nada. Gaustín hablaba como un testigo que solo tras muchos esfuerzos ha logrado superar lo ocurrido.

Decidí cambiar radicalmente de tema y me permití por primera vez preguntarle por su nombre. Se echó a reír: Gaustín es mejor que Garibaldi, ¿no? Entonces me contó brevemente que, al nacer, su padre quería ponerle Garibaldi a toda costa. Era ferviente admirador suyo y llevaba su fotografía en el pasaporte, aunque no sabía mucho de él aparte de que había sido el mayor revolucionario del siglo XIX, que había dirigido una heroica travesía por los Apeninos y que entre sus hombres había unos cuantos búlgaros. Se había esforzado por buscar, o inventar, una remota relación de parentesco con un tal Gyuro Náchev (el Terrible Gyuro o «El Garibaldi»), que había luchado en tres ocasiones en las filas garibaldinas.

Mi madre, decía Gaustín, una mujer reservada y sensata que había cursado sus buenos tres semestres de Filosofía en la universidad (y evidentemente era admiradora de san Agustín), solo accedió a conservar la inicial, y así nació mi nombre, una mezcla de teología temprana e impulso revolucionario tardío. Yo le tengo cariño, decía, pero mi padre nunca pudo resignarse y, mientras vivió, siguió llamándome Garibaldi.

Esa fue prácticamente toda la información concreta que intercambiamos durante los cinco o seis días del seminario que tocaba a su fin. También recuerdo, por supuesto, algunos silencios particularmente importantes, pero no tengo forma de narrarlos.

Ah, sí, mantuvimos otra conversación breve el último día, después de intercambiar nuestras señas (solo entonces supe que Gaustín vivía en una casa abandonada en un pequeño pueblo al sur de los montes Balcanes cuyo nombre yo no había oído nunca). No tengo teléfono, dijo a modo de disculpa, pero las cartas me llegan. Me pareció enormemente solitario… e imperteneciente. Esta fue la palabra que me vino a la mente entonces. Imperteneciente a nada en el mundo o, mejor dicho, a nada en el mundo actual. Estaba seguro de que las personas con las que se cruzaba en aquel pueblo, si es que había alguien más, se giraban a su paso y chasqueaban la lengua con lástima. Contemplamos la generosa puesta de sol en silencio. De los matorrales a nuestras espaldas se levantó una nube de insectos. Gaustín los siguió con la mirada y dijo que para nosotros no era más que otro atardecer, pero para las moscas efímeras se trataba del ocaso de sus vidas. O algo parecido. Neciamente solté que eso era una metáfora manida. Me miró atónito, pero guardó silencio. Solo al cabo de unos minutos dijo: para las moscas no existen las metáforas.

No sospechaba que aquel iba a ser nuestro último encuentro. En octubre y noviembre de 1989 tuvieron lugar un buen número de

acontecimientos, conocidos y descritos ad nauseam, por lo que no les aburriré con ellos. Yo tenía mis problemas personales, estaba preparando mi primer libro, me casé, me pasaba los días manifestándome por las plazas, y nunca escribí a Gaustín. Excusas baratas, lo sé. Y, sin embargo, me acordé mucho de él durante ese tiempo. Él tampoco me escribió.

Recibí la primera postal el dos de enero de 1990. Una postal navideña sin sobre, con una Snezhanka[16] en blanco y negro coloreada después a mano, algo redondita, que se daba un aire a Judy Garland. Snezhanka sujetaba una especie de varita mágica con una chispa dibujada en la punta que señalaba el nuevo año, 1929, impreso en gruesos caracteres. En el reverso había un sello con la efigie de Su Majestad el Rey Boris III[17] y un timbre con el escudo de la monarquía. Enseguida me acerqué a la ventana suponiendo que Gaustín acababa de meter la postal en mi buzón y estaba mirando desde abajo. Ninguna oficina de correos habría enviado una carta con un sello y un timbre como esos. Abajo no se veía un alma. Volví a mirar la postal. En el reverso, con letra refinada, Gaustín había escrito las señas y las felicitaciones. La tinta había secado bien, cada mayúscula rizaba caligráficamente su bastoncito o su espiral. He aquí lo que ponía:

Feliz año nuevo 1929. Te felicita las Pascuas de Navidad y desea hallarte en buena salud y bienandanza.

Se atreve a llamarse tuyo,

Gaustín

Todo ello escrito con la ortografía búlgara de la época, con todos los yat, er y yus al final de las palabras. Pero dado que mi máquina de escribir Maritza es de finales de los años noventa y no posee la más mínima memoria de aquellas letras, me veo obligado a transcribir sus felicitaciones de forma «normalizada». De inmediato me senté y le escribí una larga carta en la que destacaba mis ocupaciones y le pedía que me disculpara por mi prolongado silencio. En la posdata le agradecí su agradable sorpresa añadiendo que valoraba de corazón su exquisita mistificación.

Recibí una respuesta esa misma semana. Un sobre amarillo de papel duro, de los que ya no se consiguen en ningún sitio, con un timbre de una leva que llevaba el escudo de la monarquía. Lo abrí con cuidado; contenía dos folios de un verde pálido con filigranas, escritos por una sola cara. Ni que decir tiene que la letra seguía siendo igual de refinada y mantenía su riguroso respeto por la vieja ortografía, la del ministro Omárchevski, si no me equivoco. Decía que no salía de casa, pero que se encontraba estupendamente. Se había suscrito al diario Zorá, editado «con la mayor objetividad por el caballero

Krápchev», y a la revista Zlatorog para mantenerse al corriente, al fin y al cabo, de las tendencias literarias. Esa información sobre el mundo exterior le era más que suficiente. Me preguntaba mi opinión sobre la abolición de la Constitución y la inhabilitación del Parlamento por parte de Alejandro I de Yugoslavia el día seis del mes en curso, de lo que el diario Zorá había informado oportunamente al día siguiente. En esos momentos, explicaba, estaba trabajando en una obra mayor que se titularía El sueño de las plantas. Había leído en una gacetilla que, según unos botánicos franceses, las plantas también tenían vida psíquica y podían experimentar diversos sentimientos, incluido el amor. Entre otras cosas, les gustaba dormir y probablemente tenían sueños, que aún eran difíciles de interpretar. Terminaba su carta con una posdata en la que me pedía disculpas porque no había entendido a qué me refería cuando hablaba de «exquisita mistificación».

Releí la carta varias veces, la manoseé, la olisqueé con la esperanza de encontrar una pizca de ironía. En vano. Si aquello era un juego, Gaustín me invitaba a tomar parte en él sin ninguna explicación sobre el reglamento, sin ninguna pista o posibilidad de abandonar. Pues bien, decidí seguirle el juego, o al menos fingir que había entendido su guiño. Dado que no tenía ningún conocimiento del maldito año 1929, tuve que pasarme los siguientes tres días en la biblioteca, rebuscando en los viejos números de Zorá que, encima, solo estaban disponibles en microfilm. Leí a fondo sobre el príncipe Alejandro. Por si acaso, eché un vistazo a los acontecimientos inminentes: «Trotski expulsado de la URSS», «Los alemanes firman el Pacto Briand-Kellogg», «Mussolini firma acuerdos con el Papa», «Francia niega asilo político a Trotski», un mes después «Alemania niega asilo político a Trotski», llegué incluso hasta «Wall Street se desploma», del 24 de octubre. Desde la biblioteca le escribí a Gaustín una breve y, según me pareció, fría respuesta en la que de forma concisa compartía mi opinión (que coincidía sospechosamente con la del señor Krápchev) acerca de los acontecimientos en Yugoslavia y le rogaba que me mandara las obras en las que estaba trabajando, con la esperanza de que arrojaran cierta luz sobre lo que estaba pasando.

Su siguiente carta no llegó hasta mes y medio después. Me pedía que le disculpara: le había atacado una terrible influenza y no había podido hacer nada. Ya se encontraba mejor, no me enviaba lo que estaba escribiendo porque aún no estaba terminado. Entre otras cosas, me preguntaba si, en mi opinión, Francia iba a ofrecer asilo a Trotski. Me debatí durante mucho tiempo, sin saber si poner fin a aquel asunto y escribirle una carta que sirviera de jarro de agua fría, pero decidí darle la oportunidad de que lo hiciera él mismo. Le di algunos consejos sobre la influenza, los cuales, por cierto, él mismo había leído en Zorá, le aconsejé que no saliera mucho y que a diario pusiera los

pies en remojo en agua caliente saturada de sal. Expresé mis dudas sobre la posibilidad de que Francia ofreciera asilo político a Trotski, igual que Alemania, dicho fuera de paso. Cuando llegó su respuesta, Francia se había negado en efecto a acoger a Trotski y Gaustín, embelesado, escribía que yo poseía «en todo caso un colosal olfato político». Esa carta era más larga que las anteriores a causa de otros dos embelesamientos suyos. Uno se debía al cuarto número de Zlatorog, que acababa de salir, en el que «Bagriana ha insertado un buqué de poemas no menos soberbios que los aparecidos en su primer libro, dos años atrás…». Me preguntaba si tenía el honor de conocer personalmente a esta flamante estrella de nuestro firmamento literario, predominantemente masculino, de la que se rumoreaba además que poseía una belleza irresistible. Su otro embelesamiento se debía a un radiotransmisor Telefunken que había encontrado en el desván de una casa abandonada y que estaba intentando reparar. A tal efecto, me rogaba le enviase unas válvulas del almacén de Dzhábarov sito en el número 5 de la calle Aksákov. Por si acaso me dejaba el número de teléfono del tal Dzhábarov, que había conseguido gracias a un anuncio del periódico, a saber, el 544. Estaba claro que la radio era su nueva pasión, puesto que describía con todo lujo de detalles cierta demostración en Berlín del aparato de doce lámparas del doctor Reisser, que recibía ondas cortas por ajuste automático del fading. «Con este dispositivo se podrán escuchar conciertos desde la mismísima América, ¿te lo figuras?» Después de esta carta decidí dejar de contestarle hasta que él mismo quisiera revelármelo todo. Tenía suficiente con mis propias ocupaciones. Recibí otras dos cartas, mucho más breves. Gaustín estaba preocupado por si algo en sus cartas me había ofendido, lo que explicaría mi silencio. Pedía que le avisara en caso de haber cambiado mi dirección. Yo estaba decidido a seguir en mis trece. Y, aunque a cada momento me invadía la curiosidad, mezclada con un vago sentimiento de culpa, seguí retrasando mi respuesta.

Así transcurrió cerca de medio año y, en Navidad, entre el montón de postales estándares de familiares y amigos, me sorprendió descubrir la letra de Gaustín. De nuevo había mandado una postal sin sobre, esta vez de una mesa redonda colmada con nueces, compota de frutas desecadas, maíz, ajo y pimientos rojos, y con una cantimplora de madera para el vino en el centro. Los extremos de la postal estaban rematados con finos ornamentos al estilo Sezession. En el reverso, con su inconfundible letra, Gaustín me deseaba un feliz 1930 y esperaba que fuese un buen año para mi familia y para mí. Aún se atreve a llamarse tuyo, G. Me sentí fatal. Si se trataba de un juego, se estaba prolongando demasiado y rozaba la locura. Estábamos en la víspera de 1991, si de algo podía estar seguro. Fui al otro cuarto y le pregunté a

mi mujer qué año esperábamos. Ella me lanzó una de aquellas miradas peculiares que pretendían hacerme ver que mis bromas no siempre eran acertadas. Está bien, me dije, puede que realmente empezara como un juego, como una vaga utopía, y luego Gaustín se embebiera tanto en ella que no pudiera o no quisiera salir. Seguramente en los años treinta la vida era más acogedora que en los noventa. Pero yo no podía permitirme semejante lujo. Una vez más, dejé su carta sin responder. Él tampoco volvió a escribirme. Ni al año siguiente, ni al cabo de dos. Poco a poco esta historia fue palideciendo y, de no ser por las pocas cartas que aún conservo, quizás ni yo mismo me la creería, ni la estaría contando ahora. Pero el destino tenía otros planes. Hace exactamente un mes, el primero de agosto, ya en el año 2000, recibí otra carta de Gaustín. Tenía un mal presentimiento y no me di prisa en abrirla. Calculé que habían pasado unos diez años desde su última postal. Me pregunté si habría entrado en razón en todo ese tiempo. No abrí el sobre hasta por la noche. En el interior había unas pocas líneas. Las cito textualmente.

Perdóname por molestarte de nuevo después de todo este tiempo. Pero ya ves lo que está pasando a nuestro alrededor. Lees los periódicos y con tu olfato político seguro que hace mucho has intuido que estamos a las puertas de una masacre. Los alemanes están acumulando tropas en masa en la frontera polaca. Hasta ahora no te había mencionado que mi madre era judía (recuerda lo que ocurrió en Austria el año pasado, y la Noche de los Cristales Rotos en Alemania). Este tipo no va a detenerse ante nada. Estoy decidido y he hecho lo necesario para marcharme mañana de madrugada a Polonia y alistarme como voluntario. No deberíamos seguir viviendo así.

P. D.: Va a resultar que mi padre tenía razón con respecto al nombre.

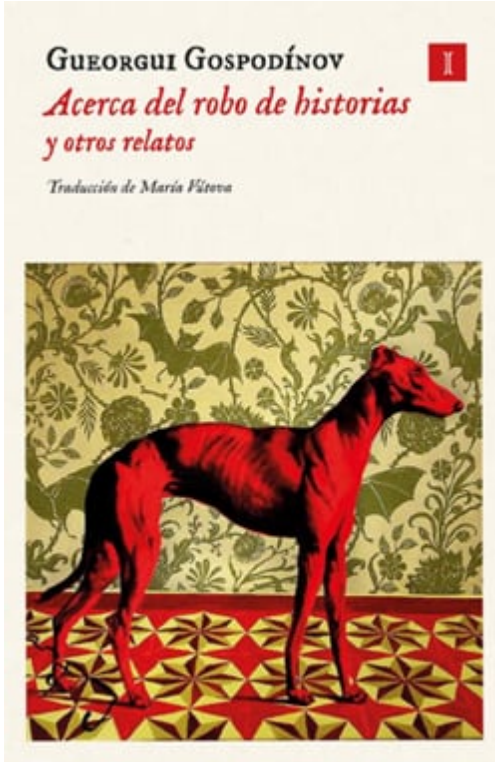
Adiós por el momento.

Tuyo,

Gaustín-Garibaldi

28 de julio de 1939

Hoy es 1 de septiembre.



Lo nuevo de Gueorgui Gospodínov, Premio Booker Internacional y uno de los más geniales cronistas de la descarnada historia de Europa del Este tras la caída del Muro.

Un cerdo que narra sus últimos momentos antes de ser sacrificado el día de Navidad; pasajeros que se encuentran en el vestíbulo de una estación; una mujer que ve el pasado con el ojo izquierdo y el futuro con el derecho; viajeros embarcados en trenes nocturnos que cruzan las fronteras de los Balcanes; juegos lingüísticos que conducen a epifanías inesperadas; hombres con muchos nombres y ladrones de historias; rompecabezas, retretes alemanes, ferrocarriles y viajes metafísicos: todo ello forma parte de la cosmología sorprendente, vitalista y satírica de Gueorgui Gospodínov. Los veinte relatos reunidos en este título están impregnados de la sátira posmoderna más afilada, sin perder la voluntad cristalina e inagotable de vivir a través de un realismo descarnado.

Un libro que mezcla magistralmente la complejidad narrativa de Borges y el lirismo de Sylvia Plath. Una colección de relatos magistrales que han provocado que la crítica y el público se hayan

rendido a los pies del escritor búlgaro traducido ya a más de veinte idiomas y Premio Booker Internacional 2023.

CITAS

«Un libro que se lee de modo compulsivo.» —The New York Times

«Es uno de los narradores más fascinantes e insustituibles de Europa.» —Dave Eggers

«La de Gospodínov es la literatura más exquisita sobre nuestra percepción del paso del tiempo, escrita con un estilo magistral y totalmente imprevisible.» —Olga Tokarczuk

Guergui Gospodínov (1968) es el escritor búlgaro más importante desde la caída del telón de acero, ganador del premio Booker Internacional y del Strega Internacional, su obra ha sido traducida ya a más de treinta idiomas. Tras publicar poesía en su país, será en la década de los 90 cuando publique su primera obra en prosa, *Novela Natural* (1999). Seguirán *Acerca del robo de historias* (2001), *Física de la tristeza* (2012) y *Las tempestálidas* (2020). Es asimismo, dramaturgo, ensayista, y autor de una novela gráfica, y sus obras han resultado finalistas de premios del prestigio del Von Rezzori o del Brücke Verlin.

NOTAS

1 El título original en búlgaro se podría traducir como Y otras historias. Por acuerdo con el autor, se ha cambiado el título en español para la edición en este idioma. (Nota del editor.)

2 La Milítsiya fue el Servicio Administrativo del Estado para el mantenimiento del orden y la seguridad en la URSS y en la mayor parte de los países del bloque del Este en el período 1944-1990. (Salvo que se indique lo contrario, todas las notas son de la traductora.)

3 Diado Mraz, o Abuelo Escarcha, es la versión búlgara de Ded Moroz, abuelo de barba blanca que trae regalos a los niños en Nochevieja, y cuya imagen procede de la mitología eslava.

4 Aperitivo preparado con pimientos rojos, tomates y berenjenas en forma de puré.

5 En el folclore búlgaro, espíritu maligno que cobra distintas apariencias y asusta a la gente.

6 Gueorgui Benkovski (1843-1876), capitán de la unidad de caballería ligera o «Hvarkovata cheta», fue una de las figuras principales de la fallida Sublevación de Abril de 1876 contra el dominio otomano en Bulgaria.

7 Alude a la famosa escena de la novela Bajo el yugo (Iván Vázov, 1894) en la que unos cañones hechos con troncos de cerezo fueron fabricados y usados por primera vez contra el Imperio Otomano en la Sublevación de Abril. El libro, escrito a los pocos años de la Liberación con un realismo romántico, es considerado como la primera verdadera novela búlgara.

8 Gojko Mitic es un actor alemán de origen serbio que ganó gran popularidad en la RDA y en el bloque del Este por sus numerosos papeles interpretando a indios en wésterns de la DEFA.

9 Las Tropas de Obras Públicas de Bulgaria eran una organización paramilitar de construcción, subordinada al Ministerio de Construcción o directamente al Gobierno, que existió desde 1920 hasta el año 2000.

10 Virginia Woolf, La muerte de la polilla y otros ensayos. Capitán

Swing, 2010. Trad. de Lluisa Moreno Llort.

11 El relato entero se entiende a la luz de la frase búlgara «que lleves [algo] como un pendiente en la oreja», es decir, que te sirva de lección, de escarmiento.

12 Legendario rey medieval del Reino de Prilep, héroe de las epopeyas búlgaras, y eslavas en general.

13 Tratamiento respetuoso e íntimo que se antepone al nombre de pila de un hombre mayor de edad.

14 Alusión a la Checa (por sus siglas en ruso de Comisión Extraordinaria Panrusa), la primera de las organizaciones de inteligencia política y militar soviética, creada el 20 de diciembre de 1917 por Félix Edmúndovich Dzerzhinski.

15 Yordán Radíchkov (1929-2004), escritor búlgaro considerado por algunos críticos como el más destacado de la literatura de Bulgaria del último tercio del siglo XX, y traducido a muchos idiomas, entre ellos el castellano.

16 Snezhanka es la versión búlgara de Snegúrochka o la Doncella de la Nieve, un personaje de los cuentos de hadas rusos.

17 Boris III de Bulgaria reinó desde 1918 hasta 1943.